



PONTIFICIA  
**UNIVERSIDAD  
CATÓLICA**  
DEL PERÚ

**ESCUELA DE POSGRADO**

**“DESPLAZAMIENTO IRÓNICO DE LA INICIACIÓN, DE LA ACCIÓN  
Y DE LAS PARÁBOLAS DE JESUCRISTO EN HABITÓ ENTRE  
NOSOTROS DE JOSÉ WATANABE”**

**Tesis para optar el grado de Magíster en Literatura  
Hispanoamericana**

**AUTORA**

**ELVIRA CETRARO LUNA**

**ASESORA**

**GIOVANNA POLLAROLO**

**MIEMBROS DEL JURADO:**

**DRA. YOLANDA WESTPHALEN**

**DRA. CARLA SAGÁSTEGUI**

**DRA. GIOVANNA POLLAROLO**

**LIMA – PERÚ**

**2015**

**“Desplazamiento de la iniciación, de la acción y de las parábolas de  
Jesucristo en Habitó entre nosotros de José Watanabe”**

**Elvira Cetraro Luna**  
(Pontificia Universidad Católica del Perú)

## **RESUMEN**

El objetivo de esta tesis es mostrar cómo se produce el desplazamiento irónico, principio teórico trabajado por Northrop Frye, de la iniciación, de la acción y de las parábolas de Jesucristo en Habitó entre nosotros (2002) de José Watanabe, dadas las posibilidades que ofrece para estudiar el desplazamiento considerando que la influencia de la tradición bíblica es notable y alberga una serie de mitos bíblicos. Esta investigación se funda en la hipótesis de que, en Habitó entre nosotros, José Watanabe reescribe la historia bíblica del Nuevo Testamento desde el desplazamiento irónico de la iniciación, de la acción y de las parábolas para construir un Cristo más humano y problematizado.

**Palabras clave:** desplazamiento – José Watanabe – Northrop Frye – Jesucristo – Palabra – iniciación – acción – parábola – humanidad – modo ficcional irónico.

## **ABSTRACT**

This thesis aims at showing how ironical displacement, theoretic principle developed by Northrop, of the initiation, action and parables is produced, in the poetry Habitó entre nosotros (2002) by José Watanabe, for a range of possibilities it offers to study this displacement considering the influence of the bible tradition and shelters several bible myths. This research stems from the hypothesis that in Habitó entre

nosotros, José Watanabe rewrites the bible history of the New Testament by displacing initiation, action, and parables towards a more human and troubled Christ.

**Key words:** displacement – José Watanabe – Northrop Frye – Jesuschrist – initiation – action – parabola – humanity – ironical displacement



## AGRADECIMIENTOS

Quisiera agradecer, en primer lugar y de manera muy especial, a mi asesora Giovanna Pollarolo. Sin su apoyo, confianza, dedicación, infinita paciencia e inmediatas lecturas, la escritura de esta tesis hubiera sido imposible. También quisiera dar las gracias a Carla Sagástegui por su informe y buena disposición, y a Yolanda Westphalen, cuyo informe me ha permitido seguir aprendiendo en este proceso de investigación. Finalmente, a mis padres y a mi hermana por su permanente aliento.



**“Desplazamiento irónico de la iniciación, de la acción y de las parábolas de Jesucristo en Habitó entre nosotros de José Watanabe”**

1.	Introducción.....	6
1.1.	Estado de la cuestión.....	9
1.2.	Marco teórico.....	12
1.2.1.	Teoría del desplazamiento.....	12
1.2.2.	Teoría de los modos ficcionales.....	13
1.2.2.1.	La ironía en la Teoría de los modos ficcionales.....	14
1.3.	Los episodios bíblicos de <u>Habitó entre nosotros</u> : los incluidos y los excluidos.....	15
1.4.	Estructura de la investigación.....	18
2.	Capítulo I: Desplazamiento irónico de la iniciación de la vida de Cristo.....	18
2.1.	La Natividad.....	24
2.2.	El Bautismo.....	27
3.	Capítulo II: Desplazamiento irónico de la acción.....	30
3.1.	La tentación en el desierto.....	31
3.2.	El descanso en la fuente.....	32
3.3.	El endemoniado.....	34
3.4.	El ciego de Jericó.....	35
3.5.	Multiplicación de los peces y panes.....	38
3.6.	La Adúltera.....	40
3.7.	Marta y María.....	41
3.8.	Resurrección de Lázaro.....	42
3.9.	Las llaves del Reino.....	46

3.10. El mercader.....	48
3.11. Los discípulos dormidos.....	49
3.12. Negación de Pedro.....	51
3.13. Judas.....	54
3.14. Jesús ante Pilato.....	58
3.15. Camino al Gólgota.....	60
3.16. El Descendimiento.....	62
4. Capítulo III: Desplazamiento irónico de las parábolas.....	65
4.1. Razón de las Parábolas.....	71
4.2. El sembrador.....	73
4.3. La Última Cena.....	74
4.4. Oración en Getsemaní.....	76
4.5. La Crucifixión.....	78
5. Conclusiones.....	82
6. Bibliografía.....	84
7. Anexo.....	86

## “Desplazamiento irónico de la iniciación, de la acción y de las parábolas de Jesucristo en Habitó entre nosotros de José Watanabe”

### 1. Introducción

José Watanabe Varas nació en Laredo, La Libertad, Perú, el 17 de marzo de 1945, y murió el 25 de abril de 2007 en el hospital de enfermedades Neoplásicas de Lima. Perteneció a la generación del 70. Publicó su primer poemario, Álbum de familia, en 1971. Después de un largo período de silencio, durante el cual se dedicó a otras actividades, publicó El huso de la palabra en 1989; luego, Historia natural (1994), Cosas del cuerpo (1999) y Antígona (2000, versión libre de la tragedia de Sófocles).

Habitó entre nosotros, el poemario que nos ocupa en esta tesis, fue publicado en diciembre del 2002. A diferencia del resto de libros del autor, es el único que trata sobre la vida de Jesucristo, tema poco frecuentado en la poesía peruana<sup>1</sup>. Posteriormente, publicó La piedra alada (2005) y Banderas detrás de la niebla (2006).

En una entrevista concedida a la revista Ajos & Zafiros, José Watanabe confesó haber empezado a escribir Habitó entre nosotros a partir de la contemplación de pinturas, pero en el proceso se dio cuenta de que muchas de estas representaban la vida de Cristo y decidió leer la Biblia:

Nunca quise escribir un poemario religioso. En una conversación con mi amigo, el pintor Eduardo Tokeshi, le planteé escribir poemas a partir de

---

<sup>1</sup> Es el caso, en el Perú, de poetas como Giovanna Pollarolo con Huerto de los Olivos (1987), Cecilia Podestá con La primera anunciación (2006) y Gaby Cevalco con Nuevo Testamento (2010).

un cuadro, cualquier cuadro, no necesariamente religioso. Tokeshi, en base a los poemas y en base a los cuadros originales, haría grabados a su estilo. El objetivo era publicar un libro de poemas y grabados. Entonces comencé a escribir. Una noche me di cuenta de que los primeros poemas tenían que ver con la vida de Cristo. Sin querer había empezado por ver (sic) pinturas religiosas: era La resurrección de Lázaro (un fresco de Giotto), Cristo cargando la cruz (un cuadro de Bruegel). En ese momento se me ocurrió escribir un poemario basado en los pasajes de la vida de Cristo, ya no en la pintura. Me aboqué a leer la Biblia con atención, los Evangelios. Por un instante pensé que me iban a acusar de arrogante, pero ya estaba embarcado en la idea del poemario. (Watanabe 2005: 78)

En Habitó entre nosotros, poemario coral en el que Watanabe les cede la voz a distintos personajes bíblicos que siguieron a Jesús, el poeta limita sus recursos retóricos apenas a algunos símiles y adjetivos, y enfatiza sus propias necesidades y limitaciones, como señala en la misma entrevista:

Quería asumir la voz de los que conocieron a Cristo muy de cerca y, por lo tanto, no lo vieron divinizado: su mamá, la cual no lo veía como hijo de Dios (para ella era su hijo: el que hace caca, al que hay que darle de comer); la vieja que pone la última cena, esa vieja chismosa que dice: “ese pata, ¿quién será? Dice que es Dios, pero ¿quién será?” Todas son personas que lo han conocido. Incluso el ciego de Jericó curado por él, quien sin duda pensó: “no me cures totalmente. ¡Déjame algo de pendejada!”. Solo hay un poema donde habla Cristo: “Razón de las

parábolas”, el cual es una suerte de arte poética. Aún así no deja de ser un Cristo ecuménico. En otro poema, “La samaritana”, Cristo mira el paisaje durante el mediodía, cuando todas las cosas adquieren una presencia infinita, cuando hay una sensación de inmortalidad. Entonces, ahí se convence [de] que sí puede ser inmortal, pero debido a esa contemplación que ha hecho del mundo, no por lo que le han dicho. Creo que Cristo no estaba muy seguro [de] que iba a ser inmortal. (Watanabe 2005: 78-79)

Como se ve, ya desde la concepción del poemario, el autor era consciente de su visión de Cristo: un dios humanizado, desmitificado; un sujeto escindido entre su divinidad y su humanidad.

El objetivo de esta tesis es mostrar cómo se produce el desplazamiento de los mitos bíblicos, noción trabajada por Northrop Frye, en el poemario Habitó entre nosotros (2002) de José Watanabe. En primer lugar, comenzaré por definir la noción del desplazamiento de los mitos propuesta por Northrop Frye. Aunque esta teoría no se encuentre formulada de manera explícita ni unitaria y está dispersa a lo largo de toda su obra en diferentes contextos, se puede definir como uno de los sistemas teóricos más importantes e influyentes del siglo XX. El desplazamiento es la adaptación del mito y la metáfora a los cánones de la moral y la plausibilidad de cada época; es decir, a lo largo del tiempo, los mitos originarios de la cultura occidental (mitología grecolatina y bíblica) se van reescribiendo y adaptando de acuerdo con las circunstancias históricas y el nivel ficcional en el que se inscriben estas relecturas.

Además de ser, por su temática, un poemario único en el conjunto de la obra de Watanabe, me interesa analizar Habitó entre nosotros por las posibilidades que ofrece para estudiar el desplazamiento. La obra de este poeta ha sido caracterizada por la crítica literaria como austera por el uso que hace del lenguaje y debido a su influencia oriental paterna. Sin embargo, la formación de Watanabe se ha visto influida por diversas tradiciones. En este poemario, la influencia de la tradición bíblica es notable y el autor ha logrado albergar en este libro una serie de mitos bíblicos que analizaré desde la teoría del desplazamiento de Northrop Frye. Esta investigación se funda en la hipótesis de que, en Habitó entre nosotros, José Watanabe reescribe la historia bíblica del Nuevo Testamento desde el desplazamiento irónico –y considerando, a mi juicio, tres grandes temas: iniciación, acción y parábolas– para construir un Cristo más humano, que se debate entre su humanidad y la divinidad que se le ha impuesto, que duda y tiene miedo. En suma, en Habitó entre nosotros ocurre lo que en muchas obras contemporáneas: el mito reaparece, pero sin poderes, debilitado, humano.

### 1.1. Estado de la cuestión

Habitó entre nosotros ha sido analizado por Pedro Granados en “José Watanabe y las trampas de la fe” (2005), por Carlos Villacorta en “Tres poemas sobre el desierto” (2006), por Magdalena Zegarra en “Habitó entre nosotros: tensión humana y divina en el Jesucristo de José Watanabe” (2008); también ha sido comentado en El ombligo en el adobe. Asedios a José Watanabe (2010), libro de entrevistas al poeta de Maribel De Paz. Tomaré como referencia estas fuentes

en la medida en que los análisis y comentarios de los críticos mencionados resulten pertinentes para dialogar con ellas en mi trabajo.

En “José Watanabe y las trampas de la fe”, Pedro Granados parte de la crítica que Iván Thays publicó en Sin plumas, su blog de ese entonces (2005), en la que sostiene que Habitó entre nosotros no es un libro religioso ni converso, sino un texto que busca fusionar la imagen iconográfica de Jesús con la histórica. De esta unión se vislumbra una tercera, sintética, a la que Watanabe aspira: un Cristo artístico, que sirve de pretexto para la creación y la reflexión poética. Al respecto, Granados comenta que Watanabe era consciente de que cargaba otro imaginario cultural y distinto escenario social, por lo que debía intentar encontrar un lenguaje distinto, pero lo único que halló fue convincente zozobra y sutil ironía, por lo que Habitó entre nosotros queda en lo puramente decorativo y efectista, ya que no puede existir auténtica creación sin un gesto original de reflexión poética. Así, Granados llega a la conclusión de que el poemario en cuestión no es original, porque no parte de un tema creado por el autor, sino que adapta a su estilo un tema universal que pertenece al bagaje cultural de todos. Carlos Villacorta también considera que Habitó entre nosotros (2002) es más un experimento de cambio de registro sobre la vida de Cristo que una propuesta lograda.

Por otro lado, la tesis de Magdalena Zegarra se basa en que según el Catecismo actual de la Iglesia Católica, Jesucristo posee dos naturalezas, la divina y la humana, unidas en la única Persona del Hijo de Dios, dogma que se fundamenta en una larga tradición histórica, ya que desde el cuarto Concilio Ecuménico de Calcedonia se reconoce que la diferencia de las naturalezas de Cristo no queda suprimida por su unión. Ambas vertientes desembocan en un



único sujeto: Jesús, Hijo del hombre. De esta forma, el credo católico sostiene que en la persona de Cristo lo divino y lo corpóreo se encuentran en armonía, y que es en su destino mesiánico en el que la voluntad humana se subordina sin oposición al Plan celestial. Zegarra plantea que en el Cristo de Watanabe las dos naturalezas son opuestas y que “lo que el libro busca es explorar la resistencia que se suscita en Cristo cuando las dos partes que conforman su completa identidad se yuxtaponen.” (Zegarra 4).

Por último, Maribel De Paz se refiere a la presentación del poemario que realizó Ricardo González Vigil una semana antes de Navidad del 2002. En esa ocasión, el estudioso habló de un “watalenguaje”, que en este libro se consolida como una coherencia interna que le correspondía al imaginario del poeta, en el que el mismísimo Cristo ya no solo era Verbo, sino arte poética. Este “watalenguaje” recuerda la integración del símbolo poético con el relato concentrado y con la literatura sapiencial, que se expresa en los relatos de los derviches o la parábola del Evangelio. El “watalenguaje”, prosigue, se orienta a la integración de lo lírico, lo narrativo y lo dramático, y en el que el poeta evidencia su propia fe. Un “watalenguaje” que se manifiesta con claridad y elegancia, como parábola, como irreverencia, como el estilo sin expresiones altisonantes, muy parco en adjetivaciones y en imágenes, tan típico de Watanabe. Además, todo el poema constituye una imagen o una metáfora. En Habitó entre nosotros, este “watalenguaje” se expresa a través de la exploración de la eternidad y de la trascendencia, ya que es una búsqueda para lograr que la poesía encierre un pensamiento poético sutil e inasible diferente del pensamiento lógico y pasional.



Mi acercamiento al poemario se orientará hacia un análisis basado en la noción del desplazamiento del mito y que precisaré en lo que sigue.

## 1.2. Marco teórico

### 1.2.1. Teoría del desplazamiento

Frye define el desplazamiento como la “adaptación del mito y la metáfora a los cánones de la moral y la plausibilidad” de cada época y constituye su principio central. En otras palabras, Frye presenta los dos extremos (mito / naturalismo) y coloca al romance<sup>2</sup> (que, además, abandona progresivamente la metáfora del mito para proponer analogías, símiles, imágenes indirectas, a diferencia del mito que poseía un carácter universal y, por lo tanto, metafórico) en medio para mostrar que, con el paso del tiempo, los mitos se “naturalizan”; por decirlo de algún modo, se desmitologizan por la pérdida de poder del héroe, como se verá a continuación, en la definición de la teoría de los modos ficcionales.

Si bien en Anatomía de la crítica Frye plantea que el desplazamiento de los mitos se produce a través de los distintos modos ficcionales –sobre todo en el género narrativo–; en esta tesis, aplicaré el concepto de desplazamiento como principio estructural en un discurso fundamentalmente lírico. Es el caso de Habitó entre nosotros, poemario en el que se relata la vida de Cristo en la Tierra.

---

<sup>2</sup> Northrop Frye afirma que “el principio central del desplazamiento consiste en que lo que puede identificarse metafóricamente en un mito, puede solo vincularse en el romance por alguna forma de símil: la analogía, la asociación significativa, las imágenes incidentales accesorias, y así por el estilo” (1991: 182-183).

### 1.2.2. Teoría de los modos ficcionales

Basándose en Aristóteles, Northrop Frye afirma que los modos ficcionales son las categorías con las cuales pueden clasificarse las ficciones de acuerdo con el poder de acción del héroe, que trae como consecuencia los cambios en la verosimilitud de las acciones. A continuación, definiré los cinco modos ficcionales según el poder de acción de los tipos de héroes. Para Frye, estos cinco modos giran en círculo. De acuerdo con las definiciones preliminares que plantea Frye en la introducción de “Crítica histórica: teoría de los modos”, el primer ensayo de Anatomía de la crítica, si el héroe es un ser divino, superior en clase, tanto a los demás hombres como al medio ambiente, la historia que le incumbe será un mito en el sentido habitual de relato acerca de un dios. Si el héroe es superior en grado a los demás hombres y al propio medio ambiente, es el héroe típico del romance, cuyas acciones son maravillosas, pero él mismo se identifica como ser humano. Si el héroe es superior en grado a los demás hombres, pero no al propio medio ambiente natural, el héroe es un jefe. Si no es superior ni a los demás hombres ni al propio medio ambiente, el héroe es uno de nosotros, y su nivel de acción corresponde al modo mimético bajo, de la mayor parte de la comedia y de la ficción realista<sup>3</sup>. En este periodo predominan personajes comunes y corrientes como Emma Bovary o Raskolnikov, entre tantos otros prototipos de la novela realista, marcados por su condición estrictamente humana. En el siglo XX, autores como André Gide o Jean Paul Sartre retoman a los héroes míticos, pero les

---

<sup>3</sup> “Elevado” y “bajo”, según Frye, no tienen connotaciones comparativas de valor, sino que son puramente diagramáticos, al igual que cuando se refieren a los críticos bíblicos o a los miembros de la iglesia anglicana. A este nivel, la dificultad de conservar la palabra “héroe”, que tiene un significado más restringido en los modos precedentes, afecta de vez en cuando a un autor. (Frye 54)

niegan su divinidad, al mismo tiempo que los humanos son representados en estados de esclavitud o extrañamiento existencial. Es este el sentido del héroe “inferior”, en términos de Frye: “si es inferior en poder o inteligencia a nosotros mismos, de modo que nos parece estar contemplando una escena de servidumbre, frustración o absurdo, el héroe pertenece al modo irónico” (Frye 54-55), porque omite adrede la intención ética de Cristo en sus poemas y presenta más bien a un Cristo que deambula por la vida más preocupado por salvar su propio cuerpo que por propagar el bien, como se podrá comprobar en el análisis de cada uno de los poemas.

#### 1.2.2.1. La ironía en la Teoría de los modos ficcionales

Según Frye, la ironía desciende del mimético bajo, ya que comienza en el realismo, se desplaza lentamente hacia el mito y vuelven a aparecer en ella velados perfiles de ritos sacrificatorios y de dioses que mueren. (Frye 65)

Frye toma la concepción de la ironía de la Ética, de Aristóteles, donde el eiron, opuesto al alazon<sup>4</sup>, es el hombre que se menoscaba a sí mismo. Un hombre de esta clase se vuelve invulnerable y, aunque Aristóteles tiene mala opinión de él, no cabe duda de que es un artista predestinado, del mismo modo en que el alazon es una de sus víctimas predestinadas. (Frye 62)

Así, pues, el término “ironía” indica una técnica de parecer menos de lo que se es, que, en literatura, se convierte, por lo común, en una técnica de decir lo menos y de significar lo más posible o, de modo más general, en un patrón de

---

<sup>4</sup> Frye establece los personajes en función de los roles que estos cumplían en la comedia griega, como el eiron y el alazon.

palabras que se aparta de la afirmación directa o de su propio significado evidente. (Frye 62)

Según Frye, “de este modo, la figura de la víctima típica o casual comienza a cristalizarse en la tragedia doméstica a medida que va cobrando profundidad su tono irónico. Podemos llamar a esta víctima típica el pharmakos o chivo expiatorio.” (Frye 64)

El Cristo de Watanabe, presentado como un ser humano que habitó entre nosotros por las voces poéticas que lo observan y lo siguen es uno que duda, que tiene miedo y que morirá, representación propia del modo predominante en la época contemporánea, tal como lo constató Frye en sus estudios de la producción cultural a lo largo de la historia, época en la que los dioses son representados como tales, pero sin poderes: dioses que han perdido su divinidad.

### **1.3. Los episodios bíblicos de Habitó entre nosotros: los incluidos y los excluidos**

En el anexo, presentaré un cuadro en el que contrasto la presencia y ausencia de los episodios bíblicos en los cuatro evangelios y en el poemario de Watanabe. En este cuadro, las frases y citas escritas en cada columna evidencian la presencia de los episodios bíblicos en los evangelios y en el poemario de Watanabe; en cambio, las casillas en blanco demuestran la ausencia de los episodios tanto en el poemario como en algunos de los evangelios. Parto del evangelio de San Mateo para seleccionar los episodios más significativos de la vida de Cristo, ya que es el más completo y detallado.

A partir del cuadro puede inferirse, de manera general, que Watanabe selecciona solo determinados episodios de los evangélicos y omite muchos de acuerdo con sus intereses temáticos. Por ejemplo, no parece interesarse en aquellos relacionados con la ética y la moral católica, pues no aborda el tema de los mandamientos en ninguno de los poemas. Tampoco le interesan los temas de la relación con la madre, la relación entre las parejas (de cualquier tipo), los niños ni las preocupaciones en torno a la riqueza, los bienes materiales, la ambición. La parábola solo le interesa como arte poética, pero no como género discursivo que implica una enseñanza, tal como lo practicaba Cristo. En cambio, sí presta gran atención a los temas que abordan la cuestión de lo divino y lo humano, como se constatará en el análisis de los poemas, donde radica justamente el modo irónico señalado por Frye.

En cuanto a los episodios que narran los milagros, Watanabe incluye solo algunos, pero no para resaltar lo sobrenatural, sino desde la perspectiva crítica de quienes se vieron beneficiados por ellos, como se constatará más adelante en el análisis de “El endemoniado”, “El ciego de Jericó”, “Resurrección de Lázaro” y “La Adúltera”.

La lectura de las Sagradas Escrituras fue el punto de partida de la escritura de los poemas de este libro cuyo eje es la figura de Cristo; y en estos desarrolló solo algunos de los diversos episodios narrados en los evangelios y dejó de lado varios de ellos, falta que los críticos cuestionan, como se verá más adelante. Lo que le interesa a José Watanabe es reelaborarlos, recrearlos y plasmar en sus versos lo que él “cree que cree”, según lo manifestó en una charla dictada en el curso de Literatura Actual (PUCP 2003-1). Para lograr su propósito, tuvo que

recordar la fe que su madre le había inculcado de niño; pero el Watanabe adulto ya no creía a pie juntillas en los poderes sobrenaturales de Cristo. De allí el aire humano que adquiere su recreación de Cristo y la necesidad de omitir episodios como los de la Anunciación y la Resurrección.

Como puede observarse tras analizar el cuadro (ver anexo), el poemario de Watanabe omite intencionalmente la mayoría de episodios de la vida de Jesús que se inscriben en el ámbito de lo sobrenatural de sus milagros. Su propuesta de representar el lado humano es evidente en tanto que desarrolla los siguientes títulos: “La natividad”, “El bautismo”, “La tentación en el desierto”, “El descanso en la fuente”, “El endemoniado”, “El ciego de Jericó”, “Multiplicación de los peces y panes”, “La adúltera”, “Razón de las parábolas”, “El sembrador”, “Marta y María”, “Resurrección de Lázaro”, “Las llaves del reino”, “El mercader”, “La última cena”, “Oración en Getsemaní”, “Los discípulos dormidos”, “Negación de Pedro”, “Judas”, “Jesús ante Pilato”, “Camino al Gólgota”, “La crucifixión” y “El descendimiento”. Si bien tres de ellos, “El endemoniado”, “El ciego de Jericó” y “Multiplicación de los peces y panes” refieren milagros de Cristo, resulta bastante significativo que en su planteamiento lo relevante no sean los hechos sobrenaturales, sino el tema humano: las distintas voces de cada poema manifiestan los vacíos e inquietudes causados por la intervención divina. En suma, Watanabe escoge cuidadosamente los episodios de la vida de Jesús en su afán de construir un personaje humano, de carne y hueso.



#### 1.4. Estructura de la investigación

Para el análisis del poemario, agruparé los poemas en tres grupos a partir de un criterio temático considerando los primeros años de Cristo que corresponden a su vida privada y que culminan con el inicio y desarrollo de su vida pública, periodo breve pero intenso en el que se presenta como el Mesías encargado de comunicar la palabra de Dios. El primer capítulo, “Desplazamiento irónico de la iniciación”, incluirá el análisis de los primeros dos poemas del libro: “La natividad” y “El bautismo”. El segundo capítulo, “Desplazamiento irónico de la acción”, tratará del inicio de la vida pública de Cristo y de su relación con los discípulos y otras personas contemporáneas, e incluirá el análisis de “La tentación en el desierto”, “El descanso en la fuente”, “El endemoniado”, “El ciego de Jericó”, “Multiplicación de los peces y panes”, “La adúltera”, “Marta y María”, “Resurrección de Lázaro”, “Las llaves del reino”, “El mercader”, “Los discípulos dormidos”, “Negación de Pedro”, “Judas”, “Jesús ante Pilato”, “Camino al Gólgota” y “El descendimiento”. El tercer capítulo, “Desplazamiento irónico de las parábolas”, versará sobre la parábola, e incluirá el análisis de “Razón de las parábolas”, “El sembrador”, “La última cena”, “Oración en Getsemani” y “La crucifixión”.

#### 2. Capítulo I: Desplazamiento irónico de la iniciación de la vida de Cristo

El poemario inicia con el epígrafe: “Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros” (Juan 1: 14). Según el Vocabulario de teología bíblica, se trata de un misterio de la palabra divina que nos comunica Juan:

relacionándola en la forma más estrecha con el misterio mismo de Jesús,

Hijo de Dios: Jesús es en cuanto Hijo la palabra subsistente, el Verbo de Dios.

De Él deriva, pues, en última instancia toda manifestación de la palabra divina, en la creación, en la historia, en la realización final de la salvación. Así se comprende lo que se dice en la epístola a los Hebreos: “Después de haber hablado a nuestros padres por los profetas, nos ha hablado Dios por su Hijo” (Heb 1,1s). (564)

Es claro que el versículo prefigura la ideología de todo el poemario: la relación entre lo divino y lo humano y la tensión que se produce cuando la divinidad se encarna materialmente en un hombre concreto, y que implica la aceptación de su destino trágico, ya que Jesucristo debe cumplir necesariamente la ley divina. La tragedia, así, reside en que el hombre debe morir, del mismo modo como ocurre con la versión libre de Antígona de Watanabe<sup>5</sup>. Según Magdalena Zegarra,

Este versículo expresa que Jesús es uno con el Padre: es en este momento – la Encarnación – cuando lo divino aparece bajo una forma humana, “una manifestación del reino de Dios que baja del cielo a la tierra con el Hijo del

---

<sup>5</sup> Cabe resaltar que Watanabe también escribe una versión libre de esta tragedia, sobre la cual también puede aplicarse el principio del desplazamiento. La versión libre de Antígona de Watanabe sitúa la acción después del enfrentamiento entre Antígona y Creonte, cuando Antígona ya ha muerto. Su versión ha tenido varias puestas en escena a cargo del grupo Yuyachkani y ha sido interpretada como un monólogo unipersonal por Teresa Ralli, a través del cual las voces de todos los personajes de la tragedia de Sófocles se desplazan a la óptica de Ismene, la única hija de Edipo que sobrevivió al final de la tragedia griega por haberse mantenido al margen del conflicto. El tema del poema se vincula con el remordimiento que padece Ismene por no haber ayudado a Antígona a enterrar a Polinices. La adaptación del autor no plantea el problema en términos maniqueos de víctimas y victimarios, sino que muestra el intento de Ismene de expiar su culpa mediante la ejecución simbólica del rito funerario de Polinices. Así, el desplazamiento se produce de Antígona a Ismene, ya que en el mito original era Antígona quien luchaba contra el tirano Creonte; en cambio, en el presente, es Ismene quien combate la amnesia colectiva, desplazada de la polis griega al contexto de los años del conflicto armado interno del Perú. Con este desplazamiento, el texto de Watanabe le devuelve al teatro su función especular y su condición de espacio político por excelencia, donde el público aprende acerca de su identidad colectiva y de la responsabilidad ética y política que atañe a su rol de espectador. En consecuencia, se convierte en un metacomentario social y en una reflexión metateatral.



hombre” (Adam 157). En este sentido, la Tradición<sup>6</sup> entiende que la relación entre el Padre y el Hijo será una relación única, ya que Jesús nos revelará a Dios, y al mismo tiempo, Dios se manifestará a través de su Hijo. No obstante, la enunciación de este versículo prefigura la ideología de todo el libro: el flujo entre lo divino y lo humano, la tensión que se suscita cuando la divinidad se encarna materialmente en un hombre concreto. Esta tensión se debe a que la subordinación de Cristo al Padre en el libro no es “una entrega sin reservas a la voluntad paterna” (Adam 125), sino que implica la aceptación de su destino trágico. “Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros” implica que Jesús debe acatar la ley del Padre, debe asumir y cumplir el Plan de Dios, y la tragedia radica en que este Plan implica necesariamente su muerte. El punto de partida es, entonces, el Padre: el Hijo será tan solo una proyección suya. Es de esta manera que Jesús pasa a formar parte de la Historia: lo sobrenatural alcanza a lo humano, se funden la eternidad y el tiempo. Habitar entre nosotros quiere decir apoderarse de un cuerpo, participar del tiempo y situarse en un contexto concreto. Esto es lo que reflejan todos los poemas del libro: a Jesús en su hábitat. (Zegarra 9)

Según Eduardo Arens,

Dios ha hablado por medio de la creación y de múltiples acontecimientos (...), por medio de (...) Jesucristo (“la Palabra se hizo carne”), por los mismos

---

<sup>6</sup> La Tradición, como explica el Catecismo, es unos canales por los cuales la Iglesia Católica transmite la Revelación divina. Es la transmisión viva del Evangelio (Buena Nueva), llevada a cabo por el Espíritu Santo, y, al igual que la Sagrada Escritura, hace “presente y fecundo el mensaje de Cristo” (32) (cit. en Zegarra 9n)

escritos bíblicos (“según las Escrituras”). Es alguien que se da a conocer a alguien, y que invita a entrar en relación de diálogo con Él. (268)

Cabe resaltar que Watanabe omitió intencionalmente el episodio de la Encarnación y el único vestigio de este es este versículo que figura como epígrafe inicial del poemario.

Habitó entre nosotros es un libro compuesto por veintitrés poemas sobre la vida de Jesucristo y que mantienen el mismo orden cronológico de los episodios del Nuevo Testamento. Watanabe hace una reafirmación del presente terrenal de Jesús, de lo sensorial y de lo humano frente a las interpretaciones metafísicas de los hermeneutas de la doctrina cristiana, y lo logra al cambiar de perspectiva y de voz poética en cada poema, ya que no es Jesús quien habla en los poemas de Habitó entre nosotros. En efecto, se trata de un poemario plurivocal en el que se manifiestan vientidós voces distintas de diversos personajes contemporáneos a Cristo que refieren sus particulares versiones sobre los sucesos que vivieron empleando siempre un lenguaje sencillo, el de la gente común y corriente. Solo se registra una excepción en este conjunto: en el poema “Razón de las Parábolas”, la voz poética es la de Cristo. Este único poema es, significativamente, un arte poética, como se constatará y explicará más adelante.

Según Magdalena Zegarra (4-5), el poemario busca explorar la resistencia que se suscita en Cristo cuando las dos partes que conforman su compleja identidad (su naturaleza divina y humana) se yuxtaponen. José Watanabe reformula el tema de la persona dual de Jesucristo, teniendo en cuenta el contexto de desacralización y secularización que se vive actualmente (Zegarra 4) y

reinterpreta la doctrina, de manera que su Jesucristo busque maniobrar su divinidad, tomando como punto de partida su humanidad. A diferencia de lo que estipula el Catecismo, según el cual la naturaleza humana de Jesucristo pertenece a la persona divina del Hijo de Dios, lo que el poemario plantea es que su divinidad se afirma en su faceta humana (Zegarra 5). Muchos de los poemas, explica Zegarra, se basan en una visión íntimamente personal, producto de una manera muy particular de creer.

José Watanabe desarrolla solo los temas del Nuevo Testamento que se relacionan con hechos o acontecimientos de su propia vida que lo inspiraron “a la fuerza”, como afirmó en la charla que ofreció para la clase de Literatura Actual del 2003-1. Por otro lado, Maribel De Paz tiene en cuenta el contexto de la muerte del padre del poeta, cuando el párroco de la ciudad se negó a darle los santos óleos por su condición de no cristiano; por ello, para esta periodista, este libro también expresa el rechazo de Watanabe a los sacerdotes, ya que pensaba que para conversar con Dios no es necesario un intermediario<sup>7</sup>. Al respecto, el poeta respondió, en una entrevista concedida a Juan Carlos Méndez con motivo de la aparición de este poemario, que escribía por nostalgia y que todo poema es biográfico. Este libro no es la excepción; si bien es verdad que sus versos recrean ciertos pasajes de la vida de Cristo, su contenido no necesariamente se circunscribe a los evangelios, sino a su propia vida y a su visión del mundo. En este aspecto, se evidencia que, efectivamente, Watanabe no tuvo una formación

---

<sup>7</sup> Según Eduardo Arens, el propósito de la Revelación es la invitación a una relación diagonal con Dios. La estructura de la Revelación es la de la comunicación: Dios habló (y sigue hablando) a personas en un lenguaje adecuado, y ellas responden (afirmativa o negativamente). Esa relación supone conocimiento informativo, porque es dialogante. Dios se revela para que las personas respondan. (268-269)

cristiana sólida y que para escribir Habitó entre nosotros no solo se basó en su interpretación de la Biblia y en la observación de pinturas, sino sobre todo en experiencias de su propia vida que se asemejan a las de los episodios bíblicos que presenta.

El Jesucristo de Watanabe no es producto de una síntesis de los dogmas tradicionales, sino que se construye bajo la mirada externa de sus contemporáneos, que lo ven como un hombre capaz de involucrarse con ellos. De ahí el título del libro: Habitó entre nosotros significa “apoderarse de un cuerpo, participar del tiempo y situarse en un contexto concreto” (Zegarra 9). Para Zegarra, “esto se debe principalmente a que es el mismo Jesucristo quien busca autoafirmarse como sujeto integrado; por ello, el poemario explora su problemática personal” (5). Sin embargo, según la tesis de esta estudiosa, “en muchos de los versos no hay una real continuidad entre la identidad divina y humana de Jesús” (6), ya que el hecho de que lo humano de Cristo sea cotidiano y natural, y su divinidad sea percibida con rasgos negativos marca una constante que atraviesa el poemario. De esta manera, la divinidad de Jesucristo se verá consolidada en su más pura humanidad. Si bien en el libro Jesús es visto y entendido como sujeto disgregado, es solo en el momento en que lo sagrado alude a lo humano cuando se anula dicha separación, se disolverá el nexo entre lo sagrado y lo violento, y se instaurará una nueva manera de creer. El rol que asume Jesucristo va más allá de lo “tradicionalmente” religioso y se instaura en el núcleo del poemario, donde lo sagrado es el Hombre, representado arquetípicamente en la figura de Cristo, que constituye una alegoría del hombre contemporáneo.

En este capítulo, que tratará sobre la fase inicial de la vida de Cristo, es decir, su vida privada antes de que empezase a ejercer su ministerio, se analizarán “La Natividad”, poema que narra el inicio de la vida de Cristo en la Tierra, y “El Bautismo”, acto que da inicio a su vida espiritual. Es bastante significativo que Watanabe haya omitido intencionalmente los episodios de la Anunciación, del Misterio y de la Encarnación. La razón es obvia, dado el sentido del poemario: se trata de episodios cuyo carácter es exclusivamente sobrenatural.

### 2.1. Análisis de “La Natividad”

Este poema que abre el libro se presenta, según Magdalena Zegarra, como una suerte de “momento inaugural” de la humanidad de Jesucristo, ya que refleja la inclusión natural de Jesucristo a la realidad por el hecho de haber nacido de una madre. El hablante poético es José, el padre, quien a modo de recibimiento, le dice al hijo recién nacido:

Esta es tu patria, hijo mío,  
un establo donde tu madre  
ya duerme  
de regreso a nuestra especie:  
hasta ahora  
ella era un animal mítico: el vientre  
avanzado  
y habitado  
por Ti, entonces voraz nonato,  
que le consumías hasta los huesos. (13)

Cabe resaltar el término “patria” pronunciado por José en el verso inicial, ya que está relacionado con el origen paterno de Cristo y, por tanto, con él. Al final de la estrofa, el yo poético caracteriza a la madre como un “animal mítico”; o sea, que pertenece al orden de lo humano. Fue humana, pero luego devino en “animal mítico” cuando Jesús llegó a su vientre, y lo siguió siendo hasta el alumbramiento. José, el padre terrenal de Cristo, percibe su condición inferior frente a un ser de una especie superior, que dejaba de ser igual a él, porque llevaba un hijo adentro y que cuando diera a luz volvería a parecerse a él. Watanabe afirmó<sup>8</sup>: “en el primer poema, cuando a la Virgen María le crece el vientre, comienza a alejarse de la especie humana, se aleja porque se transforma en otro ser. Cuando alumbra, vuelve a nuestra especie. La mujer embarazada se transforma casi en un animal mítico, deja de parecerse a nosotros” (Watanabe 2005: 78). Sin embargo, la imagen de la divinidad de Cristo que se presenta es la de un “voraz nonato, / que le consumías hasta los huesos” (13). María era consciente de que iba a concebir a un ser divino; no obstante, percibía desde el embarazo la divinidad de este “voraz nonato” como una pesada carga negativa y violenta que la agotaría y desgastaría durante toda su vida. Esto le sucedería no solo a ella, sino a todos los que mantuvieran algún tipo de relación cercana con Jesús, sobre todo a sus discípulos, como se podrá comprobar en el análisis del poema “Los Discípulos Dormidos”.

---

<sup>8</sup> En una entrevista de la revista *Ajos & Zafiros*, en la que le preguntaron al poeta sobre el cambio de la imagen de la mujer en *Habitó entre nosotros*, Watanabe dijo que se debía a que “la mujer de *Habitó entre nosotros* es la madre de mis hijas, mi referente femenino ya no es mi madre. Tal vez todo parte del asombro ante el embarazo” (Watanabe 2005: 78).



En cambio, en la segunda estrofa del poema, José, el esposo de María, siente lástima de Jesús, abandonado a su suerte sobre la Tierra por su agobiante divinidad:

Soy un hombre añoso, he visto  
todo. Sin embargo,  
me sobrecoge mirarte, mi recién nacido:  
a pesar de las madres  
todo niño está abandonado  
sobre la vastedad de una tierra callada. (13)

Los últimos dos versos constatan que, al nacer, el ser humano queda irremediablemente solo, lo cual refiere a la naturaleza humana. Por otro lado, en la estrofa final, desde la perspectiva de José, María es consciente tanto del destino trágico de su hijo como del Plan divino. De allí que no haya una sensación de alegría ni celebración alguna luego del nacimiento de Cristo; por el contrario, predomina la angustia y el miedo. La madre también siente el destino fatal de su hijo; ella solo murmura y denuncia en silencio el futuro aterrador del niño que ha traído al mundo. Al igual que este, se encuentra subyugada a la voluntad de Dios y es por esto que el Plan divino se cumplirá de todas formas, ya que por ser inevitable asume un carácter también aterrador, tal como se expresa en la última estrofa del poema:

Tu madre,  
muchacha todavía sorprendida  
por Ti, no cantó

una canción de cuna. Mirándote  
solo murmuró inacabablemente:  
es espantoso esperar de Él  
lo que esperan. (13)

A juicio de Magdalena Zegarra (17-18), es la divinidad de Cristo la que consume y agota su humanidad, en tanto es una fuerza sofocante; pero como mencioné anteriormente, la divinidad de Cristo no solo agota a María, sino a todos los que lo rodeaban. Según Zegarra, los versos de este poema sugieren que la muerte y el destino trágico de Cristo son inminentes y que la imagen que se presenta de Jesús no es la de un salvador, sino la de una víctima. Para el Cristo de Watanabe, la divinidad es un peso abrumador, un mandato que debe cumplir. De allí la carga negativa de los versos finales: “es espantoso esperar de Él / lo que esperan.”

## 2.2. Análisis de “El Bautismo”

Según los Evangelios de San Mateo (3:13-17) y San Lucas (3:1-23), Juan el Bautista realizó su obra en el río Jordán y desde ese entorno conmovió al pueblo de Israel, de tal manera que muchos pensaron que él era el Mesías.

En el poema “El Bautismo”, la voz poética es la de Juan el Bautista. En las dos primeras estrofas, apela al pueblo de Israel para el renacimiento del hombre. Para ello, debe tomar un nuevo camino y convertirse a la verdadera fe mediante el bautizo. En el segundo verso, compara los pecados “gordos” cometidos por los hombres con “puercos”; es decir, desplaza los pecados como elementos



simbólicos al mundo animal (Frye 188). A partir de la cuarta estrofa, se dirige a Jesús para limpiarle el pecado original y que así pueda dar el ejemplo. El “plan” que Dios tenía para su Hijo era eterno, ya que el tiempo, para Dios, es eterno, mientras que para los humanos es cíclico (nacimiento → vida → muerte) y continuo e inevitable (por el destino). El agua, como elemento materializado en la corriente y el río, cumple la función de revelar el paso del tiempo en el transcurso de la vida como condición humana.

En “El Bautismo”, el ritual presenta dos caras: una divina y otra terrenal, ya que el sacramento bautismal no solo tiene, en este caso, la finalidad de limpiar el cuerpo del pecado original, sino que adquiere un sentido inverso: el agua bautismal le permitirá a Jesucristo aprender a ser hombre. Según Magdalena Zegarra, en el poema de Watanabe, “el asombro de Juan el Bautista radica en que la única mancha en Jesús es justamente ser el Hijo de Dios (...). La fatalidad del destino de Cristo radica justamente en su consagración mesiánica.

Doctrinalmente, esta tomó lugar en el Bautismo, pero en el poema este sacramento es un intento por liberarse de su destino impostergable” (19)<sup>9</sup>.

La segunda finalidad del ritual del bautismo es otorgar un nombre al bautizado. Sin embargo, Cristo recurre a este con el fin de borrar todo rasgo de divinidad y de sujeción a un orden sobrenatural para intentar ser solo un hombre. De esta manera, Cristo asume su humanidad como una limitación y una debilidad, pero, sobre todo, como el camino hacia su propia muerte. En el poema, este ritual

---

<sup>9</sup> Algo similar sucede en “El endemoniado”, donde el hablante poético le suplica a Jesucristo que le deje una dosis de maldad para poder sobrevivir en el mundo terrenal, como veremos más adelante.

implica la posibilidad de humanizarlo, ya que Jesucristo solo logrará adquirir su divinidad como una “conquista” a través de su paso por la Tierra:

El río  
te dirá que el caminar de los hombres es continuo  
e inevitable.  
Por eso te bautizo, rogando  
que cuando dejes el agua  
te acompañe  
el espíritu fluyente del río, su transcurrir  
en el tiempo  
hasta el día en que los cielos  
se abran nuevamente para Ti. (15)

“El Bautismo”, señala Zegarra, cierra el momento inaugural de la vida de Jesús, ya que se refiere a su asimilación simbólica por adscribirse a un rito propio de una religión<sup>10</sup> y cultura en particular. Considera que en este poema se figura la incorporación de Jesús al mundo humano, ya que recurre al bautismo, porque implica, de alguna medida, renunciar a su situación de elegido al reconocer que “necesita” de dicho sacramento para desplazar su divinidad en tanto que el

<sup>10</sup> La primera alusión al tema religioso, en la poesía de Watanabe, se hace en el “Poema trágico con dudosos logros cómicos”, de *Álbum de familia*, publicado en 1971:

    Mi familia no tiene médico  
            Ni sacerdote ni visitas  
Y todos se tienden en la playa  
Saludables bajo el sol del verano.

Algunas yerbas nos curan los males del estómago  
Y la religión solo entra con las campanas alborotando  
Los canarios. (Watanabe 2008: 35)

bautismo tiene como función borrar el estigma del pecado de nacimiento. En esto radica el carácter invertido del sacramento, ya que Jesús recurre a este, porque quiere romper con el nexo violento que lo vincula a la divinidad y constituirse sencillamente como hombre. Watanabe ofrece, en este poema, la diferencia radical entre el dogma y la poética propia del libro. (18-19)

### 3. Capítulo II: Desplazamiento irónico de la acción

El mayor número de poemas de Habitó entre nosotros se inscriben en este capítulo que he denominado “Desplazamiento irónico de la acción” por cuanto tratan sobre la obra de Cristo como Mesías. Distingo entre las acciones regulares o humanas, y las divinas, que son los milagros. Es importante resaltar que de entre todas las acciones milagrosas narradas en los evangelios, Watanabe solo presta atención a cuatro, que desarrolla en los poemas “El Endemoniado”, “El ciego de Jericó”, “Resurrección de Lázaro” y “La Adúltera”. Y lo hace desde una mirada irónica. Es evidente que Watanabe descarta la mayoría de milagros realizados por Cristo por considerarlos demasiado sobrenaturales y ajenos a la imagen del Dios humanizado que intenta mostrar a lo largo del libro.

Se puede hablar de desplazamiento de la acción de Cristo desde el momento en que inicia su vida pública cuando sale a predicar por diferentes lugares. En este capítulo, analizaré los poemas en los que hablan las voces de los contemporáneos de Cristo, seguidores y apóstoles que se vieron de alguna forma afectados por sus acciones: “La tentación en el desierto”, “El descanso en la fuente”, “El endemoniado”, “El ciego de Jericó”, “Multiplicación de los peces y panes”, “La adúltera”, “Marta y María”, “Resurrección de Lázaro”, “Las llaves del

reino”, “El mercader”, “Los discípulos dormidos” y “Negación de Pedro”, además de los poemas que abordan las circunstancias que lo condujeron a la Pasión: “Judas”, “Jesús ante Pilato”, “Camino al Gólgota” y “El descendimiento”. Cabe recordar que Watanabe descartó conscientemente el episodio de la Resurrección en su historia de Jesucristo.

### 3.1. Análisis de “La tentación en el desierto”

Según los Evangelios de San Mateo (4:1-11) y de San Juan (4:1-13), Jesús se apartó del Jordán y fue al desierto, donde pasó 40 días en ayunas y soportó las tentaciones que le presentó el demonio bajo la apariencia de una serpiente, del mismo modo que ocurrió con Eva en el Paraíso.

Watanabe desarrolla este episodio en “La tentación en el desierto” desde la mirada de los pastores que se compadecen de Él, porque durante la tentación, se evidencia su debilidad:

Los pastores de cabras  
que cruzan el desierto  
siguiendo largos caminos invisibles  
te miran compasivos. Adivinan  
que en tu quietud, recostado en la rosa  
mientras ninguna hora avanza,  
desmoronas igual que el sol a las piedras  
las palabras del mal. (17)

El poema termina con una imagen que, según Frye, se podría considerar apocalíptica. Recordemos que para este teórico en la Biblia se asocia el fuego con el mundo espiritual o angélico, equidistante del humano y del divino; de ahí que todas las demás categorías puedan identificarse con el fuego o se consideren como ardientes. Por ejemplo, la aparición de la deidad judeo-cristiana envuelta en llamas, el animal ardiente del rito sacrificial o la integración del cuerpo animal en una comunión de los mundos divino y humano modulan las imágenes relacionadas con el fuego y el humo del altar, el incienso ascendente y así por el estilo. El hombre ardiente está representado por la aureola del santo y la corona del rey, análogos ambos del dios-sol (Frye 193):

la huella de tu espalda,  
negra,  
como si hubieras ardido.

Carlos Villacorta opina que en este poema el desierto es un espacio sin voz, el lugar por excelencia de la revelación divina judeo-cristiana desde tiempos antiguos, porque ahí Jesús fue tentado y el mal no aparece en este poema como un ente personificado, sino como “las palabras del mal” (37).

### 3.2. Análisis de “El descanso en la fuente”

Según el evangelio de San Juan (4:1-42), Jesús pasó una larga temporada en Judea y decidió regresar a Galilea. Un día, cuando sus apóstoles habían ido a comprar comida, se detuvo en el pozo de Jacob, sediento. Era casi mediodía y, cansado del camino, se sentó al borde del pozo. A pesar de que la enemistad

entre samaritanos y judíos era antigua, Jesús le pidió a una samaritana, que le diera de beber, y ella le dio agua. El evangelio se sirve de este episodio para enseñar que, a pesar de las diferencias entre judíos y samaritanos, esta mujer fue capaz de compartir agua con Cristo.

En “El Descanso en la Fuente”, se reitera la idea de la soledad de Jesús, previamente referida en “La Natividad”. La voz poética se dirige, al comienzo del poema, a la hostil ciudad de Samaria, para presentar una imagen de un Cristo “olvidado de su sed, ensimismado” y agotado:

Samaria, tierra poco amiga, míralo  
sentarse junto al pozo, solo,  
derrotado por los desiertos. (19)

En los primeros versos, se personifica a la ciudad de Samaria (la voz poética se dirige a ella) para darle más énfasis a la soledad de Jesús, pero de pronto, la voz poética ya no se dirige a la ciudad de Samaria, sino a una samaritana que paseaba por ahí y que es testigo de la situación de Cristo. Y la voz poética le ruega / ordena: “Dale ya de beber, samaritana.” (19)

Por un lado, este imperativo final de la voz poética convierte al poema en una parábola; por otro lado, se relaciona con la crucifixión, cuando Cristo pronuncia una de sus últimas frases: “Tengo sed”. Watanabe alude indirectamente en este poema a las últimas palabras de Cristo, en tanto que en el poema “La Crucifixión” aborda la muerte de Cristo pero desde la perspectiva de María, que sufre por lo que le sucederá a la “carne de su carne”.



### 3.3. Análisis de “El endemoniado”

Según los evangelios, en el episodio del endemoniado, Jesús fue a Capernaúm, un pueblo de Galilea, y mientras encontraba en la sinagoga vio a un hombre que gritaba con fuerza, como si tuviera varias voces. El hombre tenía un demonio o espíritu impuro dentro. Jesús lo supo desde que lo vio, y lo exorcizó. Entonces, el demonio salió del hombre sin hacerle ningún daño. Todos se asustaron, y se hablaba de Jesús por todos los lugares de la región.

En “El endemoniado” de Watanabe, el desplazamiento se produce en un contexto en el que Cristo realiza un milagro. El desplazamiento irónico de este poema reside en que el hablante poético, poseído por Satanás, tiene voz propia para rogarle a Cristo que lo salve, pero le pide que le deje una pequeña dosis de malicia en el alma para poder sobrevivir en este mundo, ya que nadie podría sobrevivir si es completamente bueno: en este mundo, hay demasiada maldad y nadie que sea tan ingenuo podría subsistir<sup>11</sup>. En cambio, en los episodios bíblicos que abordan la temática de los poseídos, los evangelistas resaltan la ingenuidad de los niños endemoniados que aceptan el milagro de que Cristo los curara.

Cúrame,

pero no totalmente,

déjame un pelo del demonio en la mirada:

---

<sup>11</sup> Este tema se puede desplazar con la parábola que pone en escena Bertolt Brecht en su obra Der gute Mensch von Sezuan [El buen alma de Sezuan]. Según Hans Mayer, esta parábola china de Brecht debe considerarse como una de las piezas más artísticas y complejas desde el punto de vista dialéctico del dramaturgo, ya que en ella se anticipó al posmodernismo. Con la ayuda de citas y alusiones literarias e históricas, en la obra se presenta una realidad escénica como constelación histórica. Brecht jamás ocultó las fuentes de las que se sirvió para escribir El buen alma de Sezuan, ya que le bastó transformar en una parábola dramática el poema “Der Gott und die Bajadere” [El Dios y la Bayadera] de Goethe.

el mundo  
merece sospecha  
siempre. (21)

Magdalena Zegarra (35) estima que el “cúrame” de los versos citados puede leerse como una petición del sujeto beneficiado por el milagro de Cristo por un relato que llene el vacío de su pensamiento actual, ya que la Palabra de Cristo es el único “paliativo” (35) capaz de satisfacer su realidad desengañada. Sin embargo, más adelante (35), señala que si bien el hombre actual busca una respuesta en la figura de Cristo, lo hace sin perder de vista su propia libertad, ya que su fe solo será posible a la luz de los propios cuestionamientos y de la experiencia personal. Los versos citados anteriormente evidencian que el individuo de hoy quiere creer, pero ya no tan ingenuamente como los niños endemoniados de los evangelios, sino que busca una forma más humana de aceptar el dogma.

#### **3.4. Análisis de “El ciego de Jericó”**

Según el evangelio de San Lucas (18:35-45)<sup>12</sup>, cerca de Jericó se encontraba un ciego, que pedía limosna, sentado junto al camino. Oía a la muchedumbre que se aglomeraba alrededor de Jesús y preguntó qué era aquello. Le contestaron que era Jesús Nazareno que pasaba. El ciego se puso a gritar y le pidió a Jesús que tuviera piedad de él. Los que iban a la cabeza le reprendían para que se callase, pero él gritaba cada vez más fuerte. Jesús se detuvo, mandó

---

<sup>12</sup> San Mateo (9: 27-31) menciona dos ciegos; San Marcos ((8: 22-28) y San Lucas (18: 35-43), uno solo, sin duda aquel que por su vida posterior fue más conocido en la comunidad cristiana.



que se lo llevasen y cuando el ciego se le acercó, le preguntó qué quería de Él. El ciego contestó que deseaba ver. Jesús le dijo que su fe lo había salvado y, al instante, recobró la vista.

El poema “El ciego de Jericó” está escrito desde la perspectiva del invidente que acaba de ser curado por Jesús y aborda el milagro de Cristo desde una perspectiva más humana. Este poema presenta una concepción análoga a la del poema anterior, como se verá en el análisis. El ciego se encuentra abrumado por haber empezado de pronto a ver sin saber quién lo había curado, como se puede apreciar en el paralelismo entre la primera estrofa: “Qué aturdimiento y qué maravilla: / cuántos rostros, cuántas miradas, pero / ¿quién es aquel que me ha curado?, (23), y la última: “Señor, cuántos rostros, cuántas miradas: / que todas sean benévolas / y no se tuerzan cuando Tú te vayas.” (23) Según los evangelios, la indiferencia del pueblo, que no creía que fuera realmente ciego (en la segunda estrofa), cuestiona y argumenta la existencia de Dios: ¿quién pecó: este o sus padres, para que naciera ciego? Los evangelios dejan en claro que ninguno de ellos, ya que nació invidente para que se manifestasen las obras de Dios, lo cual se convierte en una metáfora que implica no solo las miradas en el sentido literal, sino las buenas acciones en general, como se puede apreciar en la última estrofa. A pesar del caos, el invidente se esmera en encontrar, en medio de la multitud, a quien lo había curado. De hecho, no lo pudo encontrar en ese mar de gente, porque, como afirma en la segunda estrofa, la gente se separaba de Jesús, porque no creía que realmente hubiera sido Cristo quien lo había curado. Después de haber averiguado qué es lo que pensaba la gente acerca del milagro de Jesús,

asevera, en el segundo verso de la tercera estrofa, “pero ciudadano<sup>13</sup>, pero no más” (23). En el poema, Jesús era visto por la gente como un ciudadano más, común y corriente, y todavía no como profeta.

Comienza la estrofa con un “Entonces hablas”, como si fuera una consecuencia de lo dicho en la estrofa precedente: hablar se convierte en una solución para que la gente no crea más que Cristo era un ciudadano común. Esta palabra pronunciada por Jesús es tratada en el poema como un “aleteo dorado”, “una resonancia”, que solo Jesús puede pronunciar y nadie más es capaz de hacerlo (“que el idioma rehúsa poner en otras bocas”, 23), porque eran las únicas capaces de curar a la gente para que empiece a creer. Por eso, en la última estrofa, se produce un desplazamiento de las miradas de la gente a su palabra, ya que se espera que sean “benévolas”, “y no se tuerzan cuando Tú te vayas”; es decir, que la gente no se vuelva hipócrita sin la guía de su voz.

Existe un paralelismo entre las estrofas primera y última en tanto que en ambas se describen las miradas de la gente; sin embargo, estas son distintas: en la primera, el ciego –recién vidente– se queda maravillado ante la multiplicidad de rostros y busca entre ellos quién es el que lo ha curado; en cambio, en la última estrofa, se produce un cambio en el personaje, que tras haber descrito a la palabra en la cuarta estrofa, manifiesta su esperanza de que la gente mantenga su mirada fija en Jesús y que no sea tan hipócrita de desviarla cuando Él se fuera, porque el ciego, luego de ver físicamente, logra “ver” espiritualmente y percibir la

---

<sup>13</sup> El concepto que tenían de ciudadano se restringía a que el individuo esté registrado en su pueblo natal. De hecho, el pasaje bíblico que se relaciona con “La Natividad” narra cómo José volvió a Belén, el pueblo del rey David, para registrarse, y se encontraba acompañado por María, con quien iba a contraer matrimonio. La pareja tuvo que quedarse en Belén, porque María tenía que dar a luz a Jesús.

volatilidad de las intenciones humanas. La presencia de Jesús en la vida de los que hablan de Él en el poema produce un cambio, una revelación en ellos. Al reflexionar sobre este asunto, se observa un desplazamiento de la palabra en el ciego, quien se está dando a conocer a través de la palabra de Jesús, porque al tratarse de un ciego recién curado que pone en tela de juicio que los hombres tengan tendencia a torcer la mirada, está afirmando que precisamente él es uno de los más propensos a caer en esa tentación.

### 3.5. Análisis de “Multiplicación de los peces y panes”

En el milagro de los panes y los peces, según los evangelios de Juan 6:1-15 y Marcos 6:30-46, Jesús y sus apóstoles tomaron una barca hacia el territorio de Betsaida Julias. La gente los vio partir de mañana, supo a dónde iban y los siguió hasta el borde del lago. El día empezaba a declinar y los apóstoles le advirtieron a Jesús que despidiera a la gente para que pudieran comprar comida en las aldeas cercanas. Jesús tomó los panes y los peces, miró al cielo, los bendijo y los partió. Luego, encargó a sus discípulos que los distribuyeran entre la multitud. Los cinco mil hombres se saciaron de pan y pescado. Tras la repartición, se recogieron doce canastos llenos de panes y pescado, narran los evangelios.

En la versión de Watanabe, “Multiplicación de los peces y panes”, la voz poética es la de alguien de la muchedumbre que fue testigo del milagro y se dirige a Jesús. En la primera estrofa, su postura es ambivalente; incluso envidiosa frente a los discípulos de Cristo:

Señor,

Tú sabes que bajo los cielos nunca sobran

hombres diestros en redes y sembríos. Cuando  
escogiste a tus discípulos  
sabías que con ellos diezmabas  
nuestros alimentos de mar y de campo.

El milagro, para Watanabe, radica en que Jesús es justo, en ambos planos, tanto en el humano (carne) como en el mítico (verbo). Y quienes lo rodean perciben ambas facetas sin sorpresa, porque la justicia de Jesucristo cabe dentro de lo verosímil. Magdalena Zegarra observa, en los versos anteriores, una desmitificación de los dogmas, relatos complejos en los que se aludía a Dios mediante alegorías complicadas, pueden ser sustituidos por un mensaje claro y comprensible que despierta el interés de los seguidores (31). Por eso resulta interesante recalcar, además, que a pesar de no haber podido resolver su propio malestar, Jesús sí puede solucionar el malestar y drama ajenos mediante su Palabra, la cual es efectiva para los demás, ya que al ser divina se presenta como una respuesta (33):

Yo voy entre la muchedumbre que te escucha.

Vienes

como un relieve de luz en la luz

y no hablas como los viejos profetas

de ceño adusto:

Tú cuentas historias sencillas e inquietantes.

Así, el último verso de este poema hace la primera referencia a las parábolas como género discursivo de relato practicado por Jesús que implica una enseñanza, pronunciado en un lenguaje sencillo y accesible para todos.

### 3.6. Análisis de “La Adúltera”

En el poema “La Adúltera”, se presenta el tema del amor para perdonar los pecados. Si bien el título le da universalidad al poema, la temática se refiere al episodio de María Magdalena. Jesús decía: “¿por qué debía ser una joven adúltera lapidada viva? Todos somos pecadores y merecemos el perdón”. Y no permite que la maten por adúltera, según lo relata San Mateo.

La voz poética del poema es la de María Magdalena. Sin embargo, el poder de acción de la Palabra de Jesús en el poema no se refiere a una realidad objetiva, sino que se desplaza a una subjetiva, ya que está relacionada con la Salvación y la Verdad. Mientras que la “lógica” de los hombres obedece al castigo por el pecado (ley, justicia), la “lógica” de Jesús obedece a los sentimientos de humanidad. Se trata de desenmascarar a los hombres de su autoridad autoimpuesta para rescatar su humanidad y su dignidad con el fin de que haya igualdad entre la persona juzgada y quien la juzga. A Jesús lo juzgarán de la misma manera en que iban a juzgar a María Magdalena. Por ello, se trata de que los hombres se reconozcan a sí mismos como hombres capaces de amar y de perdonar, y que no cometan un pecado al juzgar a María Magdalena. Jesús debía hacer entender a la gente que no mire la paja en el ojo ajeno, sino la viga en el propio; al plantear que el amor puede perdonar los pecados, se convirtió en el reformador del judaísmo:

(...) Dicen  
que Él realiza prodigios increíbles. Este,  
tan esencial,  
quizá sea el menos proclamado: hizo  
que aceptáramos nuestras vilezas  
con honestidad. (27)

Lo irónico de este poema es que es el único en el que la beneficiada por la obra de Cristo aprecia la magnitud del milagro, y no le pide nada más, como el endemoniado o el ciego, sino que reconoce que, aunque sea el menos proclamado, implica uno de los mandamientos más importantes: perdonar(se) con honestidad.

### **3.7. Análisis de “Marta y María”**

El poema “Marta y María” trata sobre las diferencias entre las hermanas de Lázaro. Según el evangelio de San Juan (11:1-44), Marta era tradicional, representa la vida activa y cumplía su rol de ama de casa, por lo que tenía una sabiduría práctica; en cambio, María era más rebelde, no quería hacer trabajo doméstico, ya que representa la vida contemplativa, porque quería aprender de la Palabra de Jesús, por lo que tenía una sabiduría existencial más cercana a la de Cristo. Si bien el yo poético no se puede definir concretamente, su postura está claramente a favor de Marta, ya que se dirige a ella en forma epistolar para reivindicarla:



Querida Marta:

Debo decirte que

la palabra miente una fijeza, una suspensión y

que no le cruza el miedo del acabarse luego.

Deja en esa felicidad a tu hermana, acurrucada

en Él y sus palabras. (33)

La voz poética le advierte a Marta que la palabra se niega a ser fija y estar suspendida (alejada de los hombres), ya que no tiene miedo de acabarse, porque siempre continúa. Al final de esta primera estrofa, le indica que la elección de María de quedarse al costado de Jesús escuchándolo no necesariamente es la mejor, porque hay un momento en el que está permitido guardar silencio, que este no es malo y que incluso las palabras de Jesús se acaban, porque son lo que lo hacen humano, como se evidencia en la siguiente estrofa:

Por lo demás,

todos esperamos tus vituallas de fogón, aun Él,

porque incluso La Palabra hace silencio

y el estómago suena. (33)

### 3.8. Análisis de “Resurrección de Lázaro”

En el episodio de la resurrección de Lázaro, según el evangelio de San Juan (11: 1-44), la envidia y las intrigas de los escribas y fariseos eran tantas que constituían una amenaza. Dadas estas circunstancias, Jesús huyó de Jerusalén y, como en otras ocasiones, pasó por Betania para visitar a su amigo Lázaro, que



vivía con sus hermanas Marta y María en esa aldea. Siguió su camino y bajó hacia el valle del Jordán. Por allí, recibió la noticia de que Lázaro estaba enfermo. Después de dos días, Jesús les dijo a sus apóstoles que debían regresar a Judea, porque Lázaro había muerto. Cuando estaban cerca de Betania, Marta, que sabía que llegaba Jesús, salió a su encuentro y le dijo que si hubiera estado ahí, Lázaro no habría muerto. Jesús le prometió que resucitaría a su hermano. Marta avisó a su hermana María que Cristo estaba allí, y que la llamaba. Los judíos que habían venido de Jerusalén a darles el pésame, pensaron que iba al sepulcro y la acompañaron. María, al llegar donde estaba Jesús, se postró llorando a sus pies mientras le reprochaba su demora en llegar, igual que Marta. Jesús se conmovió y también lloró. Cuando llegaron al sepulcro hizo que retiraran la losa de piedra que tapaba la entrada. Marta le advirtió que olía mal, pues hacía cuatro días que Lázaro había muerto. Jesús miró al cielo y llamó a Lázaro en voz alta. Al instante, apareció de pie en la puerta. Jesús ordenó que le retiraran las vendas para que pudiera caminar.

El poema “Resurrección de Lázaro” parte de la descripción de la escena de la salida de Lázaro del sepulcro para hacer un juicio del milagro de Jesús. La voz poética se dirige a Lázaro y le dice que Cristo lo resucitaría, pero pone énfasis en que solo lograría revivir su cuerpo: “para ordenar que tus carnes entraran nuevamente / en el tiempo”, ya que al morir, la carne del hombre, como materia inserta en el tiempo, se pudre y sale del tiempo para que continúe la cotidianeidad. Según Maribel De Paz, el poema es autobiográfico, ya que alude a la depresión que sufrió Watanabe después de la operación que le hicieron en Alemania para vencer al cáncer (170).

En la segunda estrofa, se alude al “atroz perfume de la muerte”, y se afirma que el agua del río, con la que Lázaro deberá lavar sus vendas, será capaz de revivirlo:

en agua clara y fresca: lava tus largas vendas  
 en la corriente del río  
 como los pobres desaguan los interminables intestinos de ganado  
 que guisan y comen,  
 y luego enróllalas  
 y guárdalas.

El hablante le advierte a Lázaro que sea precavido y que guarde las vendas (vestigios), porque las volverá a necesitar cuando muera definitivamente. Para Magdalena Zegarra, “es importante recalcar que en muchos pasajes la faceta divina de Jesús es representada como algo ‘mal logrado’. Así, por ejemplo, el poema ‘Resurrección de Lázaro’ nos presentará los milagros como sucesos incompletos” (21):

Sé, pues, precavido  
 porque nadie sabe hasta cuándo durará el terrible  
 milagro  
 Él dijo que te levantarás y no dijo más, ninguna promesa.  
 Tal vez solo tienes apurados días  
 para contemplar con tus ojos de carne rediviva  
 a tus hermanas comiendo pan y mollejas. (35)

El desplazamiento de la acción se produce, porque el milagro de Jesús se presenta como un suceso “terrible”, ya que dejó a Lázaro a su suerte con un cuerpo enfermo y maltrecho, que no sería capaz de sobrevivir mucho tiempo en el mundo. Además, fue un milagro realizado por un Cristo, cuya divinidad se presenta, a lo largo del poemario, como una carga negativa y violenta.

Al final del poema, la voz poética le comunica a Lázaro que Cristo lo ha abandonado y que se ha perdido la guía de su voz:

Debo decirte, Lázaro,  
que aquí en Betania ya no tenemos noticias del Milagroso.  
Sin profetas nos sentimos muy solos.

Más adelante, la voz poética se dirigirá nuevamente a Lázaro y le dirá:

Cuando retournes a tu sepulcro  
no volverás a escuchar  
su voz impertinente detrás de la piedra. (35)

El hablante poético califica la voz de Cristo como “impertinente”, porque ha perdido la esperanza en los profetas y cree que fue un error de Cristo hacerlo resucitar por haber ido contra la ley natural y porque Lázaro necesitaba morir para obtener la paz eterna. Lo irónico de este poema es que el episodio bíblico de la Pasión y resurrección de Cristo se desplaza a Lázaro. Si bien ambos personajes resucitan en los evangelios, Watanabe en su poemario solo hace resucitar a Lázaro, porque su Jesucristo es un ser humano más que habitó entre nosotros. El

libro se saltea intencionalmente el episodio de su resurrección, pues si bien Cristo es el Hijo de Dios, su divinidad tiene, como se ha señalado, una carga negativa a lo largo del poemario desde el inicio en el vientre de su madre. Y los pocos milagros que refiere se plantean desde su imperfección. Estaban “mal logrados”, y los beneficiados se veían en la necesidad de pedirle más, como en los casos del endemoniado y el ciego, –con excepción del caso de María Magdalena–, y en el de la resurrección de Lázaro fue considerado como un “terrible milagro”.

### 3.9. Análisis de “Las llaves del reino”

Pedro declara que Jesús es el Mesías en los evangelios de San Mateo (16:13-20), San Marcos (8: 27-30) y San Lucas (9: 18-21). Cuando Jesús y sus apóstoles llegaron a la región de Cesárea de Filipo, Jesús le dijo a Simón Pedro que sobre su piedra se construirá su iglesia y que le dará las llaves del reino de los cielos. Luego, Jesús ordenó a sus discípulos que no dijeran a nadie que era el Mesías.

En el poema “Las llaves del reino”, la voz de Pedro, conformista y humilde, comienza por dejarle en claro a Cristo que no es un endemoniado, pero que está desesperado por encontrar un lugar donde vivir:

No soy un endemoniado, Señor, mas  
desespero  
buscando un llano lugar donde vivir

En la segunda estrofa, Pedro le pregunta al Cristo de Watanabe si el cielo es un “locus amoenus”:

¿Es el cielo como el campo deleitoso  
 donde hacen el amor los campesinos,  
 heno, hierba, frutas doblando una rama  
 y el propio corazón como un bien  
 finalmente poseído?

Al igual que en “Resurrección de Lázaro”, en este poema, según Magdalena Zegarra, “el milagro perturba y violenta, y así, las acciones de Cristo fracasan, como también fracasa el cometido de su reino” (22):

Ya impaciente, Señor  
 Te pido que me señales, no el Reino  
 de la promesa  
 sino un sencillo cobertizo, un buen recaudo  
 donde pueda dormir  
 ovillado  
 alrededor de mis pobres pelotas. (37)

Dado que el acceso al reino se presenta como una decepción para el ser humano, para Zegarra (23) este debe replegarse y satisfacerse con el refugio de lo mundano y de lo percedero, ya que el reino mismo está imposibilitado de ofrecer certezas. Así, la divinidad se torna insatisfactoria y se encuentra en un estado de desprestigio: es débil y fracasa en su cometido principal de asegurar la eternidad y la inmutabilidad. Las llaves para acceder al reino no pueden ser encontradas, pero si así fuera, solo se hallaría vacío. La divinidad es, en este sentido, impotente.

### 3.10. Análisis de “El mercader”

En el episodio bíblico sobre los vendedores en el templo, según el evangelio de San Juan (2:13-22 y 3:1-21), la fiesta de Pascua de los judíos se celebraba a comienzos de la primavera. Como se acercaba, Jesús subió a Jerusalén. Por el atrio de la iglesia, se movían los mercaderes con bueyes, ovejas y palomas enjauladas; los cambistas de moneda también tenían por allí sus mesas. La gran muchedumbre de forasteros que acudía podía comprar los animales que necesitaba para ofrecer sus sacrificios, o cambiar la moneda romana y griega por la judía. En suma, en torno a la fiesta de Pascua, los mercaderes hacían buenos negocios en el atrio del templo. Como la verdadera Iglesia estaba en Israel, los judíos, repartidos por todo el territorio poblado de la época, acudían a ese templo a ofrecerle sus sacrificios a Dios, pero como no podían transportar a sus animales por distancias tan largas, se veían obligados a comprarlos en la puerta del templo. El patio de la iglesia estaba dividido en dos: una mitad para el tránsito de los peregrinos (la gente que venía de fuera) y la otra en la que se ubicaban los comerciantes (que vendían los animales vivos para el sacrificio). Ante este espectáculo, y especialmente al notar que la zona que correspondía a los peregrinos también había sido invadida por los cambistas que ofrecían moneda de Israel a los extranjeros, Jesús se encolerizó. Trenzó con cordeles un látigo y empezó a golpear a los vendedores; derribó las mesas de los cambistas y desparramó las monedas por el suelo furioso, porque habían convertido el patio de la iglesia en un centro de traficantes. Después del alboroto, Jesús les dijo a los jefes de los judíos que destruyeran el templo, porque en tres días lo volvería a levantar.

Al igual que en los evangelios, Watanabe presenta a un Cristo colérico, pero de una extraña belleza en “El mercader”. Es claro que Jesús identifica el edificio de la iglesia con su cuerpo. Watanabe no explica por qué Cristo se comportó de esa manera, pero sí se produce un desplazamiento de la cólera de Cristo de este poema hacia la de Pedro en “Negación de Pedro”, como se podrá comprobar más adelante en el análisis de dicho poema.

### **3.11. Análisis de “Los discípulos dormidos”**

Después de la oración, Jesús volvió a donde estaban los apóstoles y los encontró dormidos. En el silencio de la noche, oyó pasos sigilosos que se acercaban. Los despertó y los reprendió, dolido, porque no lo acompañaron en la oración en aquellos momentos de honda tristeza. Judas había avisado a un pelotón de soldados y a los representantes de los sacerdotes que lo acompañaban que debían llevarse cautelosamente a Jesús después de que él lo besase en la mejilla. Se adelantó, se acercó a Jesús y lo besó. Jesús se dejó prender, pero pidió que dejaran marcharse a sus apóstoles, quienes lograron huir.

El poema “Los Discípulos Dormidos” es una apología de la ociosidad. En la primera estrofa, la voz coral de los discípulos se presenta como un “rebaño exhausto” de seguir al Cristo de Watanabe, cuya divinidad es agobiante para todo aquel que le rodea, como se ha podido apreciar desde el primer poema del libro:



Te esperamos, Señor, como un rebaño exhausto  
al pie del monte.

El día es un largo ajeteo junto a ti.

Lo irónico de este poema es que, en la siguiente estrofa, a diferencia de poemas anteriores como “El endemoniado” o “El ciego de Jericó”, en los que se evidenciaba la imperfección de los milagros del Cristo de Watanabe, en este poema, los discípulos resaltan la facilidad con que Jesús resuelve los milagros y la contrastan con su agotador esfuerzo por ser ellos mismos cuando están junto a Él:

Tus prodigios nos ponen en un mundo distinto. Cuando  
vemos que resuelves tan fácilmente  
los imposibles, el esfuerzo  
por permanecer Pedro, Juan, Andrés o Santiago  
es agotador.

En la tercera estrofa, solo corroboran que son seres humanos que necesitan descansar y reponerse, mientras Cristo, según la imagen que tienen ellos de Él, no necesita ese descanso, porque es Hijo de Dios, y puede utilizar el tiempo que los hombres comunes y corrientes emplean en dormir para hablar con su Padre, para orar, para hacer milagros, etc.

Finalmente, en la última estrofa, le piden a Cristo que no los reproche por haberse quedado dormidos ya que el sueño no solo les permite reponerse del

cansancio, sino también elevarse espiritualmente a una esfera superior, de nivel similar a la que se encuentra Cristo:

No reproches

tan severamente nuestro sueño, Señor,

el sueño nos eleva a otra esfera, fabulosa,

como la que viene contigo cuando amanece.

### 3.12. Análisis de “Negación de Pedro”

En los evangelios de San Juan (18: 15-18) y San Marcos (14: 66-72; ver cuadro del anexo), a Pedro, que había hecho alarde de que lo seguiría hasta la muerte, Jesús le dijo que antes del canto del gallo lo negaría más de tres veces. Desde el huerto de Getsemaní, Pedro y otro discípulo siguieron a Jesús a prudente distancia hasta el palacio de Anás y Caifás. Pedro se quedó en la puerta y el otro, conocido del personal de servicio, pudo entrar. Al rato, volvió, habló con la portera y consiguió que Pedro pasara. Era un amplio patio portificado: a un lado estaba la vivienda de Anás y al otro, la de Caifás; en el centro del patio, los guardias habían encendido una hoguera para protegerse del frío de la noche. La portera miró a Pedro y le preguntó si era uno de los discípulos de Cristo. Pedro lo negó por primera vez. Se sentó bajo el pórtico cuando lo vio otra criada, que dijo haberlo visto con Jesús. Entonces, Pedro lo negó por segunda vez bajo juramento. Huyó al centro del patio con los que estaban de pie calentándose alrededor de la fogata. Uno de ellos lo miró al resplandor de las llamas y también le preguntó si era discípulo de Jesús. Pedro lo negó por tercera vez. Después de un rato, otro dijo que Pedro andaba con Jesús, pues se notaba claramente que era galileo.

Pedro empezó a lanzar imprecaciones, a maldecir, a jurar, y lo negó nuevamente. Otro le aseguró que lo había visto en el huerto con Jesús, y Pedro lo volvió a negar. De repente, un gallo cantó para anunciar de la madrugada. Pasaba entonces Jesús por el atrio después del juicio ante Caifás y miró a Pedro. Recordó lo que le había dicho unas horas antes y al salir del lugar, empezó a llorar.

En el poema “Negación de Pedro”, el apóstol, antes de negar a Jesús, confiesa ser “un animal pequeño y asustado” (47), que se siente “disminuido”, porque tendrá que negar a Cristo. En las primeras dos estrofas, Pedro cuestiona a Cristo; en la primera, compara su cuerpo con un árbol y con la carne de vejaciones:

Frente a la multitud y su grito:

¿por qué tu cuerpo  
que tenía apostura de árbol afirmado  
en la mejor tierra  
es ahora carne de vejaciones?

En la pregunta de la segunda estrofa, hace un contraste entre el estado herido actual de sus brazos y su estado pasado idóneo para hacer milagros:

¿Por qué tus brazos  
que se alargaban para curar, resucitar  
y calmar tempestades  
están recogidos y llagados?

Al igual que en el poema anterior, se alude a milagros perfectos y completos realizados por Jesús. Sin embargo, estos milagros, ya se ha dicho, fueron intencionalmente excluidos del libro por Watanabe, quien solo incluyó los prodigios incompletos o imperfectos previamente mencionados y analizados. Los milagros que fueron eficazmente completados no son tema en cuestión para Watanabe, que solo alude a ellos de manera indirecta en poemas como este, en los que los menciona solamente para que contrasten con las heridas del cuerpo de Jesús.

En la tercera estrofa, Pedro le pide al Cristo que vuelva a empoderarse para que él no se debilite ni se animalice. Aquí, se produce el desplazamiento de la acción; en ello, reside lo irónico del mismo, porque, a diferencia de los demás poemas, sobre todo del anterior, en que los acompañantes de Cristo se sentían debilitados por su abrumadora divinidad, en este poema, Pedro niega a Cristo, pero le pide que recupere sus poderes:

Señor,  
Vuelve pronto a tus poderes  
porque tu debilidad  
me convierte a mí en un animal pequeño  
y asustado.

La escena de servidumbre que contemplamos sitúa a Pedro como “héroe” inferior en poder e inteligencia a Cristo y a nosotros mismos. De igual manera, en la cuarta estrofa, Pedro continúa negando a Cristo, porque sigue sintiéndose “disminuido” frente a Él:

Así, disminuido, camino cerca del pretorio,  
embozado el rostro y vuelto

hacia las paredes. Todo  
se desmorona a mi alrededor.

Finalmente, en la última estrofa, después de haberlo negado más de tres veces, como en los evangelios, Pedro confiesa sentir una cólera similar a la que sintió Cristo cuando los mercaderes invadieron el templo:

Si mi alma ahora te niega como lo anunciaste  
no sé si será por miedo  
o por esta desesperanza  
que mejor nombrada es cólera.

En la última estrofa, se produce un desplazamiento de la cólera de Pedro, a la que se había aludido en el análisis del poema “El mercader”, ya que Pedro confiesa que no sabe si negará a Jesús por miedo o por desesperanza, es decir, por la cólera que le producía el hecho de que Cristo tuviera que morir.

### 3.13. Análisis de “Judas”

Según los evangelios de San Mateo (26: 1-5 y 27: 3-10) y de San Juan, el siguiente martes por la noche hubo una reunión urgente en el patio del palacio del Sumo Sacerdote Caifás: acordaron acabar con Jesús, pero una vez pasadas las fiestas para evitar que el pueblo se amotinase. Casi a la misma hora, cuando Jesús se retiraba de Jerusalén, les decía a los Apóstoles que dos días después el Hijo del Hombre sería crucificado. Judas Iscariote no estaba con ellos, porque

había ido a hablar con los príncipes de los sacerdotes, quienes se alegraron al oírlo y le ofrecieron treinta monedas de plata si entregaba a Jesús. En la cena del jueves, después del lavatorio de pies, Jesús, con gran tristeza, dijo que más le valiera no haber nacido al que fuera capaz de entregarlo. Juan estaba junto a Jesús y le preguntó quién lo traicionaría. Sin que los demás lo oyeran, Jesús le contestó que sería aquel al que le entregase un trozo de pan mojado con salsa, y se lo entregó a Judas. Este gesto era un signo de predilección. Cuando Judas tomó el bocado, se levantó para salir. Judas, después de traicionarlo, arrojó las monedas y se ahorcó.

Lo irónico del poema “Judas” es que Watanabe hace explícita su sospecha de que Judas no tenía culpa alguna y hace una apología de su inocencia. En la primera estrofa, el hablante poético, que es el mismo Judas agonizante, expresa su fidelidad y servidumbre a Cristo en términos de regocijo, y se compara a sí mismos con un perro, el animal fiel por antonomasia:

Ser fiel  
 como un perro seguidor era mi más íntimo  
 regocijo: sabía que me guiaba el mejor.

Esta imagen de Judas contrasta totalmente con la forma en que es representado en los evangelios (ver cuadro del anexo). En la segunda estrofa, este Judas constata cómo imita en todos sus movimientos al Cristo de Watanabe:

Podía copiar sus movimientos, iguales músculos  
 y huesos se movían en mí,  
 y su huella

en la yerba o el barro

no era más profunda que la mía.

Las estrofas tercera y cuarta son fundamentales, ya que en ellas confiesa que lo amaba, porque era el Hijo de Dios y le concedía su semejanza:

Cómo no amarlo entonces: Él era el Hijo de Dios

y me concedía su semejanza.

De otro modo no hubiera podido amarlo

ni acompañarlo con serenidad de hermano.

Lo irónico es que el imperativo de amar a Cristo está planteado por Judas de forma negativa, y al final está reforzado por la palabra “hermano”, que de forma irónica descarta la posibilidad de traición, aunque esa palabra puede ser interpretada como una alusión al episodio de Caín y Abel.

La siguiente estrofa presenta un uso ambivalente del pretérito imperfecto, porque desde el presente, el Judas agonizante confiesa que es consciente de que fue el conejillo de Indias en el que la serpiente incubó la traición, pero en el momento no se dio cuenta, porque era inocente:

Ay, pero yo ignoraba que era campo de pruebas.

El divino azar hizo rodar entre doce hombres

El huevo de la serpiente. Anidó en mí.

La traición de Caín a Abel se desplaza a la estrofa siguiente, en la que Judas, después de traicionar al “albo cordero”, entrega un “cordero de sangre”:



Yo amaba al albo cordero

Pero tuve que entregarlo como cordero de sangre.

Es irónico el contraste que resalta Judas entre el antes (“albo cordero”) y el después (“cordero de sangre”) de su traición respecto al estado del cuerpo de Cristo, ya que, al igual que los demás discípulos en los poemas precedentes, el Judas de Watanabe también considera a Jesús como un ser divino e inmaculado, a pesar de que los poemas del libro demuestran lo contrario, ya que el cuerpo de este Cristo cada vez está más maltratado y corrupto.

La estrofa final es fundamental, porque en ella Judas revela que en el presente del poema está agonizando –recordemos que en los evangelios Judas se ahorcó después de entregar a Cristo– y confiesa, finalmente, que no tuvo el valor de perdonar su traición:

Y ahora, colgado en el viento, sepan

Que no tuve el valor de perdonarme. (49)

En esta estrofa, Judas se aproxima a los lectores con ese coloquial “sepan”, como si nos tomara desesperados por la solapa para decirnos que a pesar de conocer el Plan divino, él no se ha podido perdonar. En este poema, Watanabe se aproxima a Judas de una manera diferente de la de los evangelios: le ofrece el beneficio de la duda y le cede la palabra para que, en plena agonía, se arrepienta y recuerde cuánto amaba a Cristo.

### 3.14. Análisis de “Jesús ante Pilato”

Según los evangelios de San Juan (18: 28-40 y 19: 1-16) y de San Lucas (21: 1-25), la sentencia dada por el tribunal de los judíos debía ser revisada y ejecutada por el procurador romano Poncio Pilato. Bastante temprano, llevaron a Jesús hasta el pretorio y Pilato escuchó las acusaciones de alborotar al pueblo, de oponerse a pagar los impuestos al César y de proclamarse Cristo Rey. Pilato interrogó a Jesús acerca de estos cargos. Sobre si era rey, le respondió que sí, pero que su reino no era de este mundo. El procurador vio que era inocente y así lo manifestó. En ese momento, acudió a la turba a pedir el indulto que, según costumbre, se daba con ocasión de la Pascua. Pilato les dio a elegir entre un asesino llamado Barrabás o Jesús. Los príncipes de los sacerdotes incitaron a que la turba gritara que crucificaran a Jesús y que soltaran a Barrabás. Pilato mandó soltar a Barrabás y que azotaran a Jesús. En el patio, lo desnudaron y lo torturaron a latigazos; tejieron una corona de espinas y se la clavaron sobre la cabeza; le echaron encima de la espalda un trapo rojo como manto real, y entre las manos le pusieron una caña como cetro. Con este humillante aspecto, lo presentó Pilato al pueblo, se rindió y se lavó las manos.

En el poema “Jesús ante Pilato”, una voz anónima le habla a Cristo y le hace reflexionar sobre lo rápido que “la insolente muchedumbre” (51) se olvida de sus buenas obras y “seducida / grita / que te crucifiquen” (51). Lo irónico del poema “Jesús ante Pilato” es que el hablante poético, a pesar de encontrarse en medio de la multitud anónima que hace turba, mantiene una distancia frente a esa muchedumbre fanática:

Ningún poder quiere tocarte, excepto  
la insolente muchedumbre. Seducida  
grita  
que te crucifiquen.

Frye propone que en el mundo humano siniestro, un polo individual es el jefe-tirano, inescrutable, despiadado, melancólico y de una voluntad insaciable, quien se gana las lealtades solo si es lo bastante egocéntrico como para representar el ego colectivo de sus seguidores. El otro polo está representado por el pharmakos o víctima sacrificada, quien debe morir para fortalecer a los demás. En la forma más concentrada de la parodia demoníaca, los dos se hacen uno.

(Frye 196)

Este testigo también expresa, desde su perspectiva privilegiada, su postura crítica respecto de los acontecimientos que estaba presenciando, y presenta a Pilatos –que solo aparece mencionado en el título del poema, pero cuya autoridad es desplazada por la voz poética hacia la de un “jefe-tirano” en términos de Frye– cuya representación implícita contrasta con la de Cristo como un pharmakos o chivo expiatorio, también en términos de Frye. Cristo se sacrifica y muere para que los demás se fortalezcan, pero tanto en los evangelios como en este poema, la masa se muestra más fuerte y agresiva que Él. Por lo tanto, lo irónico de este poema es que el Cristo de Watanabe sí se presenta como débil testigo del mal que se cumplirá sobre su propio cuerpo:

Ahora,  
aligerado y puro como pluma puesta de pie,

miras  
cómo se cumple el mal: qué pronto  
qué puntualmente  
los hombres  
son turba.

Posteriormente a la sentencia de Pilatos, según los evangelios de San Juan (19: 17-30) y de San Lucas (23: 26-46), hicieron a Jesús cargar el madero de su cruz. Custodiado por soldados romanos, salió Jesús hacia el lugar llamado Gólgota o Calvario, en los extramuros de la ciudad.

Magdalena Zegarra (31) opina que el mensaje que el Jesús de Watanabe ofrece en el poema “Camino al Gólgota” encarna claramente la ontología del debilitamiento, ya que los versos reflejan a una divinidad que se despoja de su omnipotencia y se describe como “Serenos Señor” (Watanabe 53) que lleva su cruz.

### 3.15. Análisis de “Camino al Gólgota”

La voz poética de “Camino al Gólgota” también es anónima; probablemente, sea la misma del testigo del poema anterior. En la primera estrofa del poema, esta voz establece un “contraste ominoso” entre el “dulce rostro” del “Serenos Señor” que “pregona que belleza es bondad” y la “perversa muchedumbre” de “los encorvados, los lupanarios y los desdentados”:

Rodeado de la perversa muchedumbre  
El Serenos Señor lleva su cruz. Avanza  
entre un contraste ominoso: su dulce rostro

pregona que belleza es bondad

entre los encorvados, los lupanarios y los desdentados.

En esta estrofa, la Palabra de Cristo se desvanece ante los cuerpos enfermos y corruptos de “los encorvados, los lupanarios y los desdentados” que conforman la “perversa muchedumbre” que lo sigue. De ahí lo ominoso del contraste de la forma cómo percibe la voz poética los cuerpos de la multitud y el de Cristo.

La segunda estrofa permite identificar distintos animales arquetípicos con cada tipo de cuerpos enfermos enumerados entre la “perversa muchedumbre”, como animales íntimos arquetípicos de la esencia de cada ser humano:

En ellos ya triunfó el animal íntimo:

todos tenemos un mono

o un lobo

o una serpiente

que pugna por aparecer y macular nuestro gesto

con su pérfido aire.

Entre estos animales arquetípicos, podemos identificar al lobo<sup>14</sup> con los lupanarios, a la serpiente<sup>15</sup> con los desdentados y al mono<sup>16</sup> con los encorvados, respectivamente.

<sup>14</sup> Según Frye, “el lobo es el enemigo tradicional de la oveja” (Frye 198). Según lo previamente afirmado, la oveja se identifica con el ser humano; entonces, el lobo sería enemigo del ser humano.

<sup>15</sup> Para Frye, “la identificación del círculo con la serpiente, convencionalmente un animal demoníaco, nos proporciona el ouroboros o serpiente que se muerde la cola.” (Frye 199); además,

La voz poética, al igual que todas las voces de los seguidores de Cristo de los poemas anteriores, también ve el “dulce rostro” y la “piel de la divinidad”, como se verá en la tercera estrofa, pero el cuerpo de Cristo ya está bastante maltratado a estas alturas del poemario, como se puede constatar en los últimos versos del poema.

### 3.16. Análisis de “El Descendimiento”

Según los evangelios de San Mateo (27: 57-66) y de San Juan (19: 38-42), cuando el centurión vio cómo había muerto Jesús, se convenció de que realmente era el Hijo de Dios. Uno de los soldados traspasó con la lanza el costado de Jesús para asegurarse de su muerte. Más tarde, José de Arimatea, varón justo y bueno, ilustre senador que no había compartido las decisiones tomadas contra Jesús, acudió a Pilato para pedirle el cuerpo de Jesús. Compró una sábana y fue al Calvario. También Nicodemo acudió y llevó unas cien libras de mirra y óleos para embalsamar el cuerpo. Ambos eran discípulos de Jesús en secreto. Se ponía el sol y se acercaba la hora en que debían acostarse. Rápidamente, descolgaron el cadáver de Jesús, lo lavaron, lo ungieron y lo envolvieron en la sábana. Allí mismo, José tenía en su huerto un sepulcro recién excavado en la roca. Colocaron a Jesús en él e hicieron rodar la piedra preparada para tapar la entrada. Un grupo

---

“la serpiente, por el papel desempeñado en la historia del jardín del Edén, está, por lo general, del lado siniestro de nuestro catálogo en la literatura occidental” (Frye 208).

<sup>16</sup> Según Frye,

el mono siempre ha sido el animal mimético por excelencia y, mucho antes de las doctrinas de la evolución, era específicamente considerado como el imitador del hombre. La preponderancia de las doctrinas evolucionistas sugirió, no obstante, una analogía de proporción, según la cual el hombre de hoy se convierte en mono con respecto a su contrapartida en el futuro, tal como ocurre en el Zarathustra, de Nietzsche. (205)

de mujeres, entre las que se hallaban María, la madre de Jesús, y María Magdalena, regresó a Jerusalén, y aún tuvieron tiempo de comprar aromas y ungüentos para enterrar debidamente a Jesús, una vez culminado el Sábado Santo.

Watanabe realiza un cambio con respecto a la voz anónima que habla en el poema “El Descendimiento”, el último del libro, ya que en este la voz era de alguien que había pasado por allí y había oído cómo descendían al hijo de María de la cruz. La voz manifestó que había escuchado a ese hombre afirmar que iría donde su Padre; entonces, el individuo que observaba declaró que ese hombre debía ser el Hijo de Dios, porque tenía nuevamente un cuerpo prístino y primigenio:

“El Descendimiento” es el poema que cierra el libro de Watanabe. Desde la primera estrofa, queda claro el vacío que deja el episodio de la Resurrección, omitido intencionalmente por Watanabe, cuando la voz poética sentencia lo siguiente:

No otra cosa ha ocurrido aquí  
que la muerte del hijo de María. Vean:  
el cuerpo solo se impone sobre nosotros,  
no necesita ninguna otra grandeza. (57)

La voz poética, anónima y coral, no da detalles acerca del estado actual del cuerpo de Cristo, pero se infiere que es(tá) “incorrupto”. En la siguiente estrofa, después de dejar en claro que en la ciudad se sienten abandonados por la muerte



del profeta, confirma que María sigue llorando por el trabajo que le había costado engendrar el cuerpo de Cristo:

Nos sentimos abandonados. La madre,  
La que le dio carne,  
No madera, no mineral  
Sino carne,  
La más extraña y débil de todas las sustancias, llora  
tan desconsolador trabajo.

En esta estrofa, la voz poética especifica que María le dio la carne a Jesús, no madera ni mineral. Sin embargo, según Frye, la concepción de “Cristo” reúne a todas estas categorías en una sola identidad: Cristo es igualmente el Dios uno y el único Hombre, el Cordero de Dios, el árbol de la vida o la viña de la que somos ramos, la piedra rechazada por los constructores y el templo reedificado que es idéntico a su cuerpo en la resurrección. (Frye 188)

En las estrofas finales, el hablante poético confiesa que escuchó a Cristo muerto susurrando: “subiré hasta mi Padre con este mismo cuerpo, e incorrupto.” La coma después de “incorrupto” indica que el cuerpo de Cristo ha sufrido una metamorfosis después de la crucifixión –episodio que es intencionalmente omitido por Watanabe en el libro, pero se infiere que el cuerpo de Cristo ha sido “curado” mediante un “rito de purificación” vinculado al derramamiento de sangre y el fuego. Sin embargo, inmediatamente después, la voz poética cuestiona lo que acaba de decir mediante una pregunta retórica, en la que recuerda todas las heridas mencionadas en los poemas anteriores, y alude a la leche materna como un

líquido purificador: “¿Incorrupto, y sin sudores ni llagas, otra vez limpia carne / De leche?”

Finalmente, en los últimos versos, sentencia que verdaderamente se trataba del Hijo de Dios, que sacrificó su cuerpo para salvar a la humanidad: “Entonces / Verdaderamente este era el Hijo de Dios.” Según Zegarra, “la autoafirmación de Cristo se da mediante la aniquilación simbólica de su Padre” (27) al final del poema.

En este capítulo, fueron analizados la mayoría de poemas del libro que giran en torno a la obra de Cristo en su vida pública. En los poemas analizados en este capítulo, Watanabe omitió intencionalmente los que abordaban episodios milagrosos relacionados con lo sobrenatural, con excepción de “El endemoniado”, “El ciego de Jericó”, “Resurrección de Lázaro” y “La Adúltera”.

#### 4. Capítulo III: Desplazamiento irónico de las parábolas

En este capítulo, se analizarán los poemas que abordan la parábola como tema. El primero de ellos, “Razón de las Parábolas”, es un arte poética y es el único poema del libro en que el hablante poético es Cristo. Los poemas que tratan la parábola como tema o la mencionan son “El sembrador”, “La Última Cena” “Oración en Getsemaní” y “La Crucifixión”.

Según el Vocabulario de la teología bíblica,

el término “parábola” refiere, desde la Iglesia primitiva a una historia narrada por Jesús para ilustrar su enseñanza. En el fondo de la palabra griega parabolé hay una idea de comparación. Pero aquí lo que ilustra es,

más que la palabra, la manera de hablar y de instruir propia del genio oriental, pues la parábola evangélica está preparada por el AT. Dos elementos aparecen como fundamentales en esta forma de lenguaje: el recurso a la comparación, que responde tan bien a la preocupación concreta del Oriente; el aspecto enigmático de la expresión, propia para excitar la curiosidad, incitar a la búsqueda, a subrayar también la importancia y hasta la trascendencia de la enseñanza comunicada. De estos dos caracteres, considerados sobre todo bajo su aspecto religioso, se desprende una sana interpretación de las parábolas.

- 1) Recurso a la comparación. 1. Extensión del procedimiento. (...) Había, pues, constantemente que evocar la vida divina partiendo de las realidades terrenales. Los antropomorfismos, tan numerosos en los viejos textos, son comparaciones implícitas que contienen en germen verdaderas parábolas (...).
- 2) Alcance religioso de las parábolas. Los profetas, ilustrando con las realidades concretas de la vida cotidiana su enseñanza sobre el sentido de la historia sagrada, hacen de ellas verdaderos temas: el pastor, el matrimonio, la viña, que se encuentran también en las parábolas evangélicas. El amor gratuito y benévolo de Dios, las reticencias del pueblo en su respuesta forman la trama de estas amplificaciones en imágenes (...), aunque también se pueden hallar en ellas alusiones más precisas a tal o cual actitud de vida moral (...), o a una determinada situación social (...). En el Evangelio se centra la perspectiva en

la realización definitiva del reino de Dios en la persona de Jesús. De ahí el grupo importante de las parábolas del reino (sobre todo Mt 13,1-50 p; 20,1-16; 21,33-22,14 p; 24,45-25,30).

3) Parábola y alegoría. Se da el caso de que el recurso a la comparación no se relacione solo con el conjunto de una historia, de la que se deduce una lección global, sino que todos los detalles tengan una significación propia, que requiere una interpretación particular. Entonces la parábola se convierte en alegoría (...) y este procedimiento se halla también en los símiles del cuarto evangelio (Jn 10, 1-16; 15,1-6). En realidad es frecuente que las parábolas comporten por lo menos algunos rasgos alegóricos, y los evangelios acentúan este carácter al sugerir ya una interpretación. Así por ejemplo san Lucas refiere la parábola del buen samaritano en términos que hacen pensar en Cristo (Lc. 10, 33-35). (568-570)

Según Arens:

Revelarse; “De muchas maneras habló Dios antiguamente a nuestros padres mediante los profetas. Ahora, en esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo...” (Hebr 1,1s). Era un cambio en la “manera” de revelarse, pues lo que Dios dio a conocer por medio de su Hijo, los hombre no lo hubiesen conocido de otra manera.” (Arens 268)

El propósito de la Revelación no es en primer plano proporcionar información como se suele pensar, sino la invitación a una relación diagonal con Dios. Esa relación, por cierto, supone conocimiento informativo. Dios se revela para que las personas respondan: es una relación dialogante. La estructura de la Revelación es la de la comunicación: Dios habló (y sigue hablando) a personas en un lenguaje adecuado, y ellas responden (afirmativa o negativamente). Dios ha hablado por medio de la creación y de múltiples acontecimientos (“Dios dijo... y se hizo”), por medio de los profetas (“palabra de Yahvé”), por Jesucristo (“la Palabra se hizo carne”), por los mismos escritos bíblicos (“según las Escrituras”). Es alguien que se da a conocer a alguien, y que invita a entrar en relación de diálogo con Él.

Dios se da a conocer en el doble sentido que tiene ese verbo en las lenguas semíticas: en el sentido intelectual informativo y en el sentido existencial de la intercomunicación entre personas. Por eso mismo, la Biblia no se reduce a una determinada cantidad de información, sino que es un conjunto de testimonios que invitan a entrar en diálogo con ese Dios que se dio y se sigue presentando en la vida. Si observamos atentamente lo que leemos en la Biblia, descubriremos que, de principio a fin, se testimonio la voluntad salvífica de Dios y las respuestas que las personas han ido dando en diferentes circunstancias, es decir la relación de diálogo entre Dios y las personas, con sus consecuencias. Por eso el AT habla de Dios

como si fuera humano (antropomórficamente), y en el NT se revela en la persona de Jesús: “Ahora, en esta etapa final, Dios nos ha hablado por el Hijo...” (Arens 268-269)

El uso que hacía Jesús de las parábolas, relatos de sucesos que ocurren cotidianamente y que en el Nuevo Testamento aparecen con clara función moral y didáctica, es también recogido en varios poemas del libro. Respecto de las parábolas, Frye sostiene lo siguiente:

Cuando una obra de ficción se escribe o interpreta temáticamente se convierte en una parábola o fábula ejemplar. Todas las alegorías formales tienen, ipso facto, un fuerte interés temático, aunque de ello no se siga, como con frecuencia se dice, que toda crítica temática de una obra de ficción la convierta en alegoría (aunque sí puede alegorizar y de hecho lo hace, como veremos). La alegoría genuina es un elemento estructural de la literatura: tiene que estar allí y no puede ser añadido por la sola interpretación crítica. (79-80)

A Watanabe le preocupaba principalmente que lenguaje y pensamiento se fusionen, ya que apela a la parábola como una estructura poética que eleva la anécdota al conocimiento, como corrobora Luis Fernando Jara en su tesis “José Watanabe o la poética del ojo”:

Tal vez mi modestia verbal me llevó a un ideal que mantengo: quisiera que mis poemas tengan claridad, que ningún recurso formal los torne oscuros, por más inteligente que a veces sea la oscuridad. Y para



mayor claridad me apoyo en una línea narrativa que se orienta hacia la parábola, que es la elevación de la anécdota al conocimiento. (Watanabe cit. en Jara 215)

Cabe resaltar el interés de Watanabe por las parábolas y el hecho de que sea justamente el poema “Razón de las parábolas” el único en el que habla Cristo. En este poema, se idealiza de alguna manera a la Palabra para solucionar cualquier clase de problema. El título de este poema reúne los conceptos de “razón” (facultad de pensar) y de “parábola” (como género discursivo), que están vinculados al logos, entendido como discurso o sentido en reunión con el ser para producir conocimiento, de lo que se puede inferir que el lenguaje es un intento de traducir el conocimiento. La finalidad de las parábolas es didáctica; por ello, narran breves historias para que sean recordadas por la gente. La palabra y la parábola como formas discursivas cumplen la función de conceptualizar el lenguaje como “lengua de hombres”. El nivel expresivo más alto del lenguaje es la parábola, que resalta la capacidad de este tipo de relatos de llegar a todos y de perdurar. La importancia de la palabra como único vínculo posible entre lo humano y lo divino, hace de Cristo “no el hijo de Dios”, sino una encarnación de su Palabra. El poema es una parábola más (acerca de la palabra). Los personajes de las parábolas hablan de la vida misma y nos permiten entender su enigma o misterio, con una moraleja que debe ser descifrada por quienes la escuchan. Como bien advierte Zegarra (29-30), en la primera estrofa, Cristo actualiza el mensaje divino al asumir su humanidad. Su Palabra tiene un origen divino, pero se plasma en lo humano. Es así como el mensaje divino puede traspasar lo perecedero para llegar a ser un



absoluto. Esta “lengua de hombres” congrega, crea el vínculo entre los seres humanos y la divinidad. Es el mensaje de Cristo el que establece una continuidad entre el espacio de los hombres y el espacio de la sacralidad, ya que mediante su Palabra la eternidad alcanza el tiempo. Este “ser de todos” de la Palabra implica lo que afirma el título del poemario: que ella habita entre hombres, que nosotros somos sus testigos y sus principales receptores.

#### 4.1. Análisis de “Razón de las Parábolas”

A propósito del poeta, Darío Jaramillo Agudelo, en el prólogo a la Obra completa del poeta, precisa que quien contempla y luego describe con precisión y parquedad, está al borde de la parábola. Casi por necesidad, Watanabe estaba predestinado a glosar el evangelio y derivar en la parábola en el poema “Razón de las parábolas”.

La Palabra

siendo como es, divina, se pronuncia  
con lengua de hombres,  
lengua efímera pero tocada  
por una gracia: la parábola,  
aquella pequeña historia  
que guarda una serena ansia: ser de todos (Watanabe 29).

En la segunda estrofa, el Cristo de Watanabe enumera algunas de las parábolas que hace en los evangelios, pero que el poeta omite intencionalmente

en este libro, porque no es su objetivo abordar la parábola como bienaventuranza, sino más bien como arte poética, que es lo que hace en este poema:

Por eso hablo así, hilando  
La Palabra en vides, en semillas de mostaza,  
en trigo  
y aun en cizañas y pedregales, cosas de la gente,  
de sus manos,  
que luego suben como un destello.  
a sus límpidas mentes.

Por último, en la tercera estrofa, se menciona, como de casualidad, otro objetivo importante de las parábolas de Cristo:

Olvidé otra ansia de la parábola:  
durar. Recordadas sean por siempre  
todas  
porque todas son una, La Palabra,  
que por ahora soy yo.

Además del ansia de ser de todos (cuyo contenido sea accesible a ellos), las parábolas desean trascender los cambios inherentes al paso del tiempo, ya que se convierten en un instrumentos para que los seres humanos se establezcan y se conozcan a sí mismos. En este poema, se observa un desplazamiento de la voz ajena a la de Cristo.

#### 4.2. Análisis de “El sembrador”

Otro poema que recoge una parábola es “El Sembrador” y se refiere a la imagen de la buena semilla de los evangelios. En el poema, la historia está narrada desde la perspectiva del sembrador, como el título lo indica. Sin embargo, el poema deja de ser un monólogo, ya que se desplaza al diálogo que entabla el sembrador con un personaje que podría ser calificado de “metiche”, cuyas intervenciones aparecen en letras cursivas en las estrofas pares. Todos los poemas de Habitó entre nosotros son monólogos, salvo este, en el que el personaje “metiche” le aclara al hablante poético que tanto él como el poema son parábolas. Según el sembrador de Watanabe, donde se deje caer la semilla, crecerán buenos frutos, pero que hay que tener buenas raíces para ser una persona de bien; si las raíces de uno no son buenas, su árbol crecerá torcido. Ante esta afirmación, el “metiche” le dice al sembrador que es una parábola:

*–Tendrás el granero lleno –me aseguró el hombre, y  
antes de marcharse, sonriendo suavemente  
me dijo: eres una parábola. (31)*

Entonces, se puede deducir que el desplazamiento se produce del monólogo de la voz del sembrador a un diálogo entre este y el mismo poema; por ello, puede afirmarse que se trata de un arte poética de las parábolas.

### 4.3. Análisis de “La Última Cena”

Más adelante, según los evangelios de San Mateo (26: 26-35) y San Juan (13: 31-35), una vez concluida la última cena, Jesús tomó uno de sus panes, dio gracias, lo bendijo, lo repartió y dijo: “Tomad y comed, este es mi cuerpo” (San Mateo 26: 26). Luego, tomó el cáliz con vino, dio también gracias y tras bendecirlo, lo entregó y dijo: “Bebed de él todos, que esta es mi sangre del Nuevo Testamento, que será derramada por muchos para remisión de los pecados” (San Mateo 26: 27-28). Después, Jesús les enseñó un nuevo mandamiento: “Un precepto nuevo os doy: que os améis los unos a los otros; como yo os he amado, así también amaos mutuamente” (San Juan 13: 34).

Cabe resaltar que el poema “La Última Cena” revela el carácter sobrenatural y divino de Jesús a partir del episodio bíblico del mismo nombre, en el que enseña un nuevo mandamiento a sus discípulos después de haberles ofrecido su carne y su sangre. Si bien el pasaje bíblico (San Mateo 26: 26-29) se limita a reproducir las palabras textuales de Cristo, el poema, en cambio, entra más profundamente en lo mítico. La voz poética corresponde a la anciana que mientras dispone la mesa es consciente de que Jesús va a morir para salvar a la humanidad: “Soy vieja y sé quién está coronado por la muerte. Era Él” (41). Mi subrayado alude a la corona de espinas que llevará Jesús en camino al Gólgota en su crucifixión para hacer hincapié en la muerte. Según Marcos Mondoñedo (2006: 15-16), en este poema, la voz poética es la de una mujer que atiende el comedor y escucha las “migajas” del ese diálogo de los comensales. Desde la perspectiva de su cansancio, esta anciana capta fugaz y fragmentariamente, incluso a través de la impertinencia de metáforas, de simbolismos y de discursos

figurados a los cuales es reacia, lo esencial del acontecimiento: la ausencia de la proximidad a la muerte.

En el verso, “como si fuera un animal de trigo” (Watanabe 41), se alude al pan como cuerpo de Jesús, al pan que da vida, porque es un “animal” vivo; ergo, “animal de trigo”. Sin embargo, la mujer declara: “Abandoné discretamente el comedor cuando Él decía: / cada pedazo de pan que reciben soy yo” (41), porque sabía que Jesús dijo eso, ya que iba a morir, como lo podemos constatar en la penúltima estrofa, en la que ella se indigna, debido a que los discípulos no se daban cuenta de que “pan o carne es lo mismo” (41), que Jesús estaba conformado por su ser hombre (carne) y su ser mito (pan), y de que la eucaristía los alimentaba con su cuerpo. No obstante, las referencias al pan como carne en relación con la muerte pueden llegar a implicar que la carne sea el cuerpo, idea que podemos reforzar con el último verso del poema (“percibí el límpido olor de una herida”, 41), donde la herida no solo es la forma humana de manifestación del sufrimiento por la muerte que vendrá, sino que se produjo al alimentar a sus discípulos. Esta herida perceptible (que se ve en el cuerpo, o sea en el pan, “entre las migajas y el vino”, 41), es idóneamente presentida por la voz poética, quien desde la perspectiva de una persona mayor, posiblemente cercana a la muerte, se cuestiona por qué Jesús no se podría sentir triste y sufrir por dejar este mundo. Ella seguramente se sentía triste y supone que Jesús, por ser humano como ella, también sufriría. El desplazamiento se produce del pan a la carne como metáfora del tránsito del cuerpo vivo a la muerte, y lo mismo se aplica para el vino y la sangre. Cabe resaltar que la anciana que sirvió la cena es casi persuadida por una vecina para no tomarse en serio lo dicho por Jesús. Esta vecina pretendía

convencerla de que “Él siempre habla con símbolos” (41), y que no moriría, pero la anciana percibió “el límpido olor de una herida” (41), comprendió a Jesús y, por lo tanto, a sí misma. La intervención de la vecina también trae consigo otro tema: el de los símbolos, que son una reminiscencia de las parábolas, sobre las cuales el poeta profundiza en la cuarta estrofa. Este poema, al igual que “Razón de las parábolas”, es también una parábola, porque la metáfora del pan y el vino como cuerpo y sangre de Jesús se convirtió en el enigma que fue resuelto por la anciana: Jesús iba a morir en sacrificio para la salvación de la humanidad. Por única vez, Jesús fue literal; por lo tanto, el descubrimiento de la anciana resulta irónico, porque marca la diferencia entre la gente que se queda en lo anecdótico de las parábolas (los discípulos y la vecina)<sup>17</sup> y la poca gente que sí logra descifrar su enigma y, por lo tanto, conocerse a sí misma (como la anciana). Esta diferencia la podemos relacionar con el poema “El ciego de Jericó”, en el que el ciego también fue el único capaz de descifrar el enigma de la palabra de Jesús entre toda la multitud que, aunque vidente, fue incapaz de hacerlo: fue él el único que recuperó la visión en el sentido más amplio del término.

#### 4.4. Análisis de “Oración en Getsemaní”

Según los evangelios de San Juan (18:1-12) y de San Mateo (26:36-56), cuando Jesús y los apóstoles salieron del cenáculo, subieron hasta el Huerto de los Olivos. Jesús dejó a algunos a la entrada y se llevó a Pedro, a Santiago y a Juan. Se separó de los tres a corta distancia, se arrodilló y oró un largo rato. Fue

---

<sup>17</sup> “Y para mayor claridad me apoyo en una línea narrativa que se orienta hacia la parábola, que es la elevación de la anécdota al conocimiento” (Watanabe cit. en Jara 215).

tanta su angustia que llegó a sudar gotas de sangre, pero la oración lo reconfortó. Al salir del Huerto, decidido a afrontar “el cáliz” que le aguardaba.

En la primera estrofa del poema “Oración en Getsemaní”, se personifica a los olivos: “Los olivos nunca crecen con decidido afán / de cielo irguiéndose rectos y sin dudas” (43). En la segunda estrofa, se los compara con gente atormentada: “Los olivos se retuercen nudosos y ásperos / como gente atormentada” (43). En la tercera estrofa, que es un verso suelto, la voz poética resalta la figura de Cristo, que sobresale entre los olivos: “Entre ellos viniste a recogerte como una grave montaña” (43). En la cuarta estrofa, la voz poética resalta la soledad de Cristo entre los animales: Ranas y pájaros te ven de rodillas y desolado

y luego vuelven a sus asuntos:  
las ranas tras los insectos  
y los pájaros cantando su celo: esa es la soledad,  
cuando todo está desacordado de uno. (43)

En la siguiente estrofa, la voz poética le cuestiona a Cristo que la soledad de los enfermos es análoga a la suya en la estrofa anterior:

¿Percibes ahora, Señor, lo que el enfermo que despierta  
de madrugada  
y siente que la soledad le entristece cada órgano,  
y la noche y su pesar  
le parecen más vastos que Dios?



La siguiente estrofa es fundamental, porque la voz poética sentencia que Cristo era el destinatario de sus propias bienaventuranzas, pero en este libro, Cristo casi no ha realizado bienaventuranzas que, en todo caso, no hayan servido para su propio beneficio. Volviendo a esta estrofa de “Oración en Getsemani”, la voz poética sentencia que Cristo es el destinatario de sus propias bienaventuranzas, ya que se verá beneficiado por ellas, porque se encuentra “pobre de espíritu, hambriento, lloroso, sediento / de justicia y con el rumor de una persecución” (43). Las dos estrofas siguientes están conformadas por versos sueltos que también son sentencias: “Tal vez nunca has estado más cerca del Padre” (43) y “Ya estás en el Padre” (43). Estas sentencias se podrían desplazar, y sirven para anticipar la muerte de Cristo en la estrofa final de este poema y “La Crucifixión”, el penúltimo poema del libro, así como también lo que sucederá en el poema “El Descendimiento”, pero en dichos poemas la cercanía al Padre no será espiritual, como en este poema, sino corporal, como se constatará en el análisis de los mismos. Finalmente, la última estrofa también se manifiesta a manera de sentencia: “La muerte que se acerca / será solo una sangrienta anécdota” (43).

#### 4.5. Análisis de “La Crucifixión”

Según los evangelios de San Juan (19: 17-30) y de San Lucas (23: 26-46), era mediodía cuando llegaron al Calvario. Después de despojar a Cristo de sus vestiduras, lo clavaron de pies y manos al madero. Junto a Jesús, crucificaron a dos ladrones, uno a cada lado. Los soldados se dispusieron a esperar a que Jesús muriera. Jesús, en su agonía, rezaba para que fueran perdonados, porque no sabían lo que hacían. Uno de los ladrones le pidió que se acordara de él cuando

llegara a su reino. Jesús le aseguró que estaría con Él en el Paraíso. Junto a la cruz, estaban su madre y Juan. Hacia las tres de la tarde, Jesús con gran voz exclamó que encomendaba su espíritu a las manos de Dios, inclinó la cabeza y expiró. Densos nubarrones habían oscurecido el cielo, la tierra tembló y se rasgó el velo del templo.

La voz poética de “La Crucifixión” es la de María, la madre de Jesús, que lo ve colgado en la cruz y llora por ese cuerpo humano que tanto le costó engendrar y que, como “voraz nonato / que le consumías hasta los huesos”, tantos problemas le produjo desde la gestación. En la primera estrofa, María resalta la verticalidad del cuerpo de Jesús en la cruz:

Elevado en la cruz, hijo mío,  
te haces cada vez más vertical: tu cabeza  
injurizada por espinas  
ya toca las más altas nubes.

En la segunda estrofa, se menciona la “herida” que no puede ser cerrada ni siquiera por la “sustancia dorada / que te dio el Padre / te sigue abandonando por la lanzada.” Según Frye, “Cristo (...), al morir en la cruz, da con las palabras ‘¿Por qué me has abandonado?’ el sentido de su exclusión, como ser divino, de la sociedad de la Trinidad” (57). En la tercera estrofa, María constata su sufrimiento como portadora latente de la abrumadora divinidad del Cristo de Watanabe desde su embarazo:

Al aire han vuelto los olores  
de tu nacimiento. Ay niño mío,

crucificado desde siempre,  
tu sangre cae  
y quema la tierra  
y quema los siglos. El tiempo de los pobres  
y el tiempo de los reyes,  
con su cada hora tendidos,  
están ardiendo a tus pies.

Estos “olores / de tu nacimiento” que menciona María recuerdan al “voraz nonato / que le consumías hasta los huesos” al que se refería José en el primer poema del libro. En el tercer verso de esta estrofa, María dice: “crucificado desde siempre”, lo que confirma el sufrimiento eterno del cuerpo de Cristo, incluso desde que se encontraba en gestación al interior de su propio vientre. En los siguientes versos, se alude a la sangre que cae y quema la tierra y el tiempo de los pobres y de los reyes que “están ardiendo a tus pies”. Para Frye, “la ironía aísla de la situación trágica el sentido de arbitrariedad, el hecho de haber sido la víctima desafortunada, elegida al azar, o por suerte y sin merecer, más que cualquier otro, lo que acontece” (64). Así veía María a su hijo muerto en la cruz en este poema. Según Frye, la sangre que quema es una imagen apocalíptica que fusiona el mundo del agua con el mundo del fuego:

El mundo del fuego es un mundo de demonios malévolos, tales como el fuego fatuo o los espíritus que escapan del infierno, y hace su aparición en este mundo en forma de auto de fe (...) o de ciudades ardientes como Sodoma. Contraste con el Fuego purgante o depurador, como el horno

encendido de Daniel. El mundo del agua es el agua de muerte, que muchas veces se identifica con la sangre derramada, como en el caso de la Pasión de Cristo y de la figura simbólica de la historia que traza Dante, y, por encima de todo, con el “salado, insondable mar del extrañamiento” que absorbe todos los ríos de este mundo, pero que desaparece en el apocalipsis en favor de una circulación de agua potable. En la Biblia, el mar y el monstruo animal se identifican en la figura del leviatán, monstruo marino que, a su vez, se identifica con las tiranías sociales de Babilonia y Egipto. (Frye 199-200)

En la penúltima estrofa, María le asegura a Cristo que al día siguiente todo cambiaría, salvo “este dolor infinito”, que siempre lo han sentido tanto ella, desde sus entrañas, como Él. Finalmente, en la última estrofa, María se cuestiona y le pregunta a Dios si era necesario tanto dolor y sufrimiento físico por parte de Cristo para la redención de la humanidad, y pone el énfasis en la carne de su carne:

¿Era necesario  
que la carne de mi carne  
sea entregada como alianza  
entre la ingrata tierra y el cielo?

## 5. Conclusiones

1. Habitó entre nosotros es un poemario en el que se cumple el principio del desplazamiento irónico de la iniciación, de la acción y de las parábolas de Jesucristo. A partir de la descripción de los episodios bíblicos incluidos por José Watanabe en la escritura de Habitó entre nosotros, he podido mostrar que por el principio del desplazamiento irónico de la iniciación, de la acción y de las parábolas Jesucristo es humanizado. José Watanabe presenta, en este libro, a un Cristo humano, con defectos y virtudes, y totalmente despojado de sus cualidades divinas, visto por sus contemporáneos como un ser humano más que “habitó entre nosotros”, como indica el título del poemario. Habitó entre nosotros es un poemario plurivocal, porque en cada uno de los poemas habla una voz poética distinta; sin embargo, a lo largo de todo el libro se percibe la voz de un “nosotros” coral, similar al coro de las tragedias griegas.
2. En el primer capítulo, “Desplazamiento de la iniciación de la vida de Cristo”, se analizaron los poemas “La Natividad” y “El Bautismo”, episodios correspondientes a la vida privada de Cristo, a pesar de que los episodios de la Anunciación, el Misterio y la Encarnación fueron intencionalmente omitidos por el autor. En los poemas de este capítulo, el desplazamiento de la iniciación estuvo vinculado a la vida privada de Jesús. Watanabe omitió intencionalmente el episodio de la Anunciación, en el que María concibió a Jesucristo como Hijo de Dios, como un ser divino. “La Natividad, en cambio, marcó una ruptura con la divinidad de Cristo y lo desplazó al mundo terrenal. En “La Natividad”, la voz poética de José le explicó a Jesús su

origen mítico pero lo ubicó en el orden terrenal; en “El Bautismo”, Juan, el Bautista, hizo lo propio con Jesús con respecto al primer sacramento, que le sirvió para iniciarse en la vida pública, ya que a partir de entonces Jesús pudo empezar a predicar.

3. En el segundo capítulo, “Desplazamiento de la acción”, fueron analizados la mayoría de poemas del libro que giran en torno al ministerio de Cristo en su vida pública. En los poemas analizados en este capítulo, Watanabe omitió intencionalmente los que abordaban episodios milagrosos relacionados con lo sobrenatural, con excepción de “El endemoniado”, “El ciego de Jericó”, “Resurrección de Lázaro” y “La Adúltera”.
4. En el tercer capítulo, “Desplazamiento de las parábolas”, se analizaron los poemas “Razón de las parábolas”, “El sembrador”, “La Última Cena”, “Oración en Getsemani” y “La Crucifixión”. El primero de ellos es un arte poética y el único en el que habla Cristo, y los demás abordan el tema de la parábola para resaltar la capacidad de la Palabra de Dios con la finalidad de llegar a todos y de perdurar en este tipo de relatos.

## 6. Bibliografía

Arens, Eduardo. La Biblia sin mitos. Una introducción. Lima: Asociación Hijas de San Pablo, 2006.

De Paz, Maribel. Asedios a José Watanabe. El ombligo en el adobe. Lima: Editorial Mesa Redonda, 2010.

Frye, Northrop. Anatomía de la crítica. Caracas: Monte Ávila, 1991.

-----El gran código. Una lectura mitológica y literaria de la Biblia.  
Barcelona: Gedisa Editorial, 2001.

Granados, Pedro. “José Watanabe y las trampas de la fe”. Identidades, El Peruano, 7 de febrero de 2005.

Jara, Luis Fernando. “José Watanabe o la poética del ojo”. Boletín de la Academia Peruana de la Lengua 34, 2001, 211-217.

León-Dufour, Xavier. Vocabulario de teología bíblica. Barcelona: Editorial Herder, 1967.

Mayer, Hans. “El teatro de Zürich: *Madre Coraje, Sezuan, Galileo*”. En: Recuerdo de Brecht. Traducción de María Antonieta Gregor. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1998.

Villacorta, Carlos. “Tres poemas sobre el desierto”. Ángeles & Demonios No. 1-2. Enero 2006.

Watanabe, José. Habitó entre nosotros. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2002.

----- “Entrevista: José Watanabe. Las paradojas del lenguaje”. Ajos & Zafiros N° 7, 2005, 69-85.



-----Poesía completa. Prólogo de Darío Jaramillo Agudelo. Lima: El Virrey; Valencia: Pre-Textos, 2008.

Zegarra Chiappori, Magdalena. "Habitó entre nosotros: tensión humana y divina en el Jesucristo de José Watanabe". Tesis para optar por el título de licenciada en Lingüística y Literatura con mención en Literatura hispánica, Pontificia Universidad Católica del Perú, mayo 2008. A consultar en World Wide Web:

<<http://tesis.pucp.edu.pe/tesis/ver/973>>



## 7. Anexo

San Mateo	San Marcos	San Lucas	San Juan	Watanabe
Primera parte: La infancia de Jesús (I-II)		Primera parte: Infancia de Jesús (I-II)		
El misterio de la concepción de Jesús, revelado a José (I: 18-25)		Anunciación de Jesús (I: 26-38)		La natividad (p. 13)
Segunda parte: Predicación de Jesús en Galilea (III-XX)	Primera parte: Predicación de Jesús en Galilea (I-X)	Segunda parte: Presentación de Jesús en Galilea (III: 1-IX: 50)	Primera parte: Predicación de Jesucristo en Galilea y en Judea (I: 19- XII: 50)	
Predicación de Juan en el desierto (III: 1-12)	La misión de Juan (I: 1-8)	Presentación de Juan a Israel (III: 1-6)		
Bautismo de Jesús (III: 13-17)	El bautismo de Jesús (I: 9-11)	Bautismo de Jesús (III: 7-17)		El bautismo (p. 15)
La tentación de Jesús (IV: 1-11)	El retiro de Jesús (I: 12-13)	La tentación en el desierto (IV: 1-13)		La tentación en el desierto (p. 17)
Jesús en Galilea (IV: 12-17)	Su predicación (I: 14-15)	Vuelta de Jesús a Galilea (IV: 14-15)	Partida de Jesús para Galilea (IV: 1-3)	
Llamamiento de los primeros discípulos (IV: 18-22)	Vocación de los primeros discípulos (I: 16-20)	La pesca milagrosa (V: 1-11)	Primeros discípulos de Jesús (I: 35-51)	
Predicación de Jesús en Galilea (IV: 23-25)	“Y se fue a predicar en las sinagogas de toda Galilea, y echaba los demonios” (I: 39)	“E iba predicando por las sinagogas de Judea” (IV: 44)	Regreso a Galilea y curación del hijo de un cortesano (IV: 46-54)	
Las bienaventuranzas (V: 1-12)		Las bienaventuranzas (VI: 20-26)		
Declaración de la pena del tali6n (V: 38-42)		“Al que te hiere en una mejilla ofr6cele la otra, y a quien te tome el manto no le estorbes tomar la t6nica: da a todo el que te pida y no reclames de quien toma lo tuyo” (VI: 29-30)		
El amor a los enemigos (V: 43-48)		El amor hacia los enemigos (VI: 27-38)		

San Mateo	San Marcos	San Lucas	San Juan	Watanabe
Método de hacer la oración (VI: 5-13)		Método de hacer la oración (XI: 2-4)		
El juicio sobre los otros (VII: 1-6)		Espíritu de la benevolencia (VI: 37-42)		
Eficacia de la oración (VII: 7-11)		Parábola del amigo importuno (XI: 9-13)		
La ley de la caridad (VII: 12)		Espíritu de la benevolencia (VI: 43-46)		
La verdadera sabiduría (VII: 21-27)		La salud de los gentiles y la reprobación de los israelitas (XIII: 25-27)		
Conclusión (VII: 28-29)		Conclusión final (VI: 47-49)		
La curación de un leproso (VIII: 1-4)	Curación de un leproso (I: 40-45)	Curación de un leproso (V: 12-16)		
El siervo del centurión (VIII: 5-15)		El centurión de Cafarnaúm (VII: 1-10)		
Curación de muchos (VIII: 16-17)	Curación de la suegra de Pedro (I: 29-34)	Curación de la suegra de Pedro (IV: 38-41)		
Condiciones de los seguidores de Jesús (VIII: 18-22)		Varias vocaciones (IX: 57-62)		
La tempestad calmada (VIII: 23-27)	La tempestad, calmada (IV: 35-41)	La tempestad calmada (VIII: 22-25)		
La curación de los endemoniados (VIII: 28-34)	Curación de un poseso (V: 1-20)	La cuestión del endemoniado y la muerte de la pira (VIII: 26-39)		El endemoniado (p. 21)
Curación del paralítico (IX: 1-8)	Curación de un paralítico (II: 1-12)	Curación de un paralítico (V: 17-26)		
Vocación de Mateo (IX: 9-17)	Vocación de Leví y respuesta a ciertas críticas (II: 13-22)	Vocación de Leví (V: 27-39)		
Curación de la hemorroísa y resurrección de una niña (IX: 18-26)	Resurrección de la hija de Jairo y curación de la hemorroísa (V: 21-43)	La hija de Jairo y la hemorroísa (VIII: 40-56)		
Curación de dos ciegos (IX: 27-31)	Curación de un ciego (VIII: 22-28)	El ciego de Jericó (XVIII: 35-43)		El ciego de Jericó (p. 23)
Confiere a los doce el poder de	Elección de los doce (III: 16-19)	Elección de los doce (VI: 14-16)		

San Mateo	San Marcos	San Lucas	San Juan	Watanabe
hacer milagros (X: 1-4)				
La misión del Bautista (XI: 1-6)		El mensaje del Bautista (VII: 18-23)		
Elogio de Juan (XI: 7-15)		El panegírico del Bautista (VII: 24-30)		
Juicios sobre la generación presente (XI: 16-19)		Juicio severo sobre la presente generación (XI: 29-35)		
Acción de gracias al Padre (XI: 25-30)		Revelación del Padre a los pequeños (X: 21-22)		
Sobre la observancia del sábado. Primera cuestión (XII: 1-8)	Defensa de los discípulos sobre la observancia del sábado (II: 23-28)	Sobre la observancia del sábado (VI: 1-11)	Discusión sobre el sábado (V: 9-18)	
Segunda cuestión sobre el sábado (XII: 9-14)	Curación en sábado del hombre de la mano seca (III: 1-5)	Sobre la observancia del sábado (VI: 6-10)		
La mansedumbre del Mesías, predicha por el profeta (XII: 15-21)	Predicación al pueblo y curaciones numerosas (III: 7-12)	Elección de los doce (VI: 17-19)		
La calumnia de los fariseos (XII: 22-30)	Réplica de Jesús a los escribas (III: 22-27)	Actitud de los publicanos y fariseos ante la misión de Juan (VII: 29-35)		
La blasfemia sobre el Espíritu Santo (XII: 31-37)	Réplica de Jesús a los escribas (III: 28-30)			
Amenaza contra la generación actual (XII: 38-45)		Juicio severo sobre la presente generación (XI: 29-32)		
Los parientes de Jesús (XII: 46-50)	La verdadera familia de Jesús (III: 31-35)	Los parientes de Jesús (VIII: 19-21)	Los proveedores de Jesús (Lucas VIII: 1-3)	La Adúltera (p.27)
La parábola del sembrador (XIII: 1-9)	La parábola del sembrador (IV: 1-9)	La parábola del sembrador (VIII: 4-8)		El sembrador (p. 31)
Razón de la parábola (XIII: 10-17)	“Cuando se quedó solo le preguntaron los que estaban en torno suyo con los	Razón de las parábolas (VIII: 9-10)		Razón de las parábolas (p. 29)

San Mateo	San Marcos	San Lucas	San Juan	Watanabe
	doce acerca de las parábolas; y Él les dijo: A vosotros os ha sido dado a conocer el misterio del reino de Dios, pero a los otros de fuera todo se les dice en parábolas, para que Mirando, miren y no vean; / oyendo oigan y no entiendan, / no sea que se conviertan y sean perdonados.”(IV: 10-12)			
Explicación de la parábola (XIII: 18-23)	La parábola del sembrador (IV: 13-20)	Explicación de la parábola del sembrador (VIII: 11-15)		El sembrador (p. 31)
El grano de mostaza (XIII: 32-32)	El grano de mostaza (IV: 30-33)	El grano de mostaza (XIII: 18-21)		
Jesús en Nazaret (XIII: 53-58)	Jesús en Nazaret (VI: 1-6)	Jesús en Nazaret (IV: 16-30)		
Juicio de Herodes sobre Jesús y muerte del Bautista (XIV: 1-12)	Juicio de Herodes sobre Jesús (VI: 14-19)	La opinión de Herodes sobre Jesús (IX: 7-9)		
Primera multiplicación de los panes (XIV: 13-21)	Vuelta de los discípulos y primera multiplicación de los panes (VI: 30-44)	Regreso de los discípulos y multiplicación de los panes (IX: 9-17)	Multiplicación de los panes y de los peces (VI: 1-15)	Multiplicación de los peces y panes (p. 25)
Jesús anda sobre las aguas del lago (XIV: 22-33)	Jesús caminando sobre el mar (VI: 45-52)		Vuelta hacia Cafarnaúm (VI: 16-21)	
Curaciones de Jesús en Genesaret (XIV: 34-36)	Jesús en Genesaret y sus cercanías (VI: 53-56)			
Enseñanza sobre la pureza exterior y la interior (XV: 1-20)	La verdadera pureza (VII: 1-23)			
La mujer cananea (XV: 21-28)	La mujer cananea (VII: 24-30)			
Curaciones junto	Vuelta hacia			

San Mateo	San Marcos	San Lucas	San Juan	Watanabe
al mar de Galilea (XV: 29-31)	Galilea (VII: 31-37)			
Segunda multiplicación de los panes (XV: 32-39)	Segunda multiplicación de los panes (VIII: 1-10)			
La petición de una señal del cielo (XVI: 1-4)	Los fariseos piden un prodigio del cielo (VIII: 10-13)			
La levadura de los fariseos (XVI: 5-12)	La levadura de los fariseos (VIII: 14-21)			
La confesión de Pedro (XVI: 13-20)	La confesión de Cesárea (VIII: 27-30)	La confesión de Pedro (IX: 18-22)		
Primer anuncio de la pasión (XVI: 21-23)	Primera predicción de la pasión (VIII: 31-39)			
Condiciones para seguir a Jesús (XVI: 24-28)	Condiciones para el seguimiento de Jesús (XVIII: 34-38)	Necesidad de seguir a Jesús (IX: 23-27)		
La transfiguración (XVII: 1-13)	La transfiguración (IX: 1-13)	La transfiguración (IX: 28-36)		
Curación del niño endemoniado (XVII: 14-21)	Curación de un epiléptico (IX: 13-28)	Curación del epiléptico endemoniado (IX: 37-43)		
Segundo anuncio de la pasión (XVII: 22-23)	Segunda predicción de la muerte de Jesús (IX: 30-32)	Profecía de la pasión (IX: 43-45)		
El más grande en el reino de los cielos (XVIII: 1-7)	Quién es el mayor (IX: 33-36)	Quién será el mayor (IX: 46-48)		
Sacrificio que impone el deber de evitar el escándalo (XVIII: 8-9)	La caridad hacia los discípulos (IX: 46-47)			
La oveja descarriada (XVIII: 12-14)		La oveja perdida (XV: 3-7)		
El perdón de las ofensas (XVIII: 21-35)		El perdón de las ofensas (VI: 14-15)		
Camino de Judea (XIX: 1-2)	Camino de Judea por la Perea (X: 1)			
El repudio (XIX: 3-9)	La cuestión del divorcio (X: 1-12)			
La guarda de la continencia (XIX: 13-15)	La cuestión del divorcio (X: 1-12)			



San Mateo	San Marcos	San Lucas	San Juan	Watanabe
10-12)				
Imposición de las manos a los niños (XIX: 13-15)	Bendice Jesús a los niños (X: 13-16)	Los niños vienen a Jesús (XVIII: 15-17)		
La respuesta al joven rico (XIX: 16-26)	El peligro de las riquezas (X: 17-27)	La abnegación y renuncia de todo (XVIII: 18-27)		
La renuncia de los apóstoles y su premio (XIX: 27-30)	Recompensa de los que todo lo renuncian por Cristo (X: 28-31)	El premio de los apóstoles (XVIII: 28-30)		
Tercer anuncio de la pasión (XX: 17-19)	Tercera predicción de su muerte (X: 32-34)	Nuevo vaticinio de la pasión (XVIII: 31-34)		
La madre de los hijos de Zebedeo (XX: 20-28)	Petición de los hijos de Zebedeo (X: 35-45)			
Curación de dos ciegos (XX: 29-34)	Curación del ciego Bartimeo (X: 46-52)	El ciego de Jericó (XVIII: 35-43)	La curación del ciego de nacimiento (IX: 1-12)	El ciego de Jericó
Tercera parte: Ministerio de Jesús en Jerusalén (XXI-XXV)	Segunda parte: Ministerio de Jesús en Jerusalén (XI-XIII)	Tercera parte: Camino de Jerusalén (IX: 51-19: 28) Cuarta parte: Ministerio de Jesús en Jerusalén (XIX: 29-XXI: 38)		
Entrada triunfal en Jerusalén (XXI: 1-11)	Entrada triunfal en Jerusalén (XI: 1-11)	Entrada triunfal en Jerusalén (XIX: 29-40)	Entrada triunfal en Jerusalén (XII: 12-19)	
La purificación del templo (XXI: 12-17)	Después de la flagelación (XV: 15-19)	Expulsión de los vendedores (XIX: 45-48)		"El mercader" (p. 39)
La maldición de la higuera (XXI: 18-22)	La maldición de la higuera (XI: 12-14; XIV: 20-24)			
Los poderes de Jesús (XXI: 23-27)	La cuestión sobre los poderes de Jesús (XI: 27-33)	Origen de los poderes de Jesús (XX: 1-8)		
La parábola de los dos hijos (XXI: 28-32)		El hijo pródigo (XV: 11-32)		
Parábola de los viñadores infieles (XXI: 33-46)	La parábola de los viñadores (XII: 1-12)	Parábola de los viñadores (XX: 9-19)		
Parábola de los invitados a la boda (XXII: 1-14)		La parábola de los invitados descorteses (XIV: 15-24)		
La cuestión del	El tributo del	El tributo al César		



San Mateo	San Marcos	San Lucas	San Juan	Watanabe
tributo al César (XXII: 15-22)	César (XII: 13-17)	(XX: 19-26)		
La resurrección de los muertos (XXII: 23-33)	Cuestión de la resurrección (XII: 18-27)	La resurrección de los muertos (XX: 27-40)		
El primer mandamiento de la Ley (XXII: 34-46)	El primer precepto (XII: 28-34)	El mayor precepto (X: 25-29)		
La cuestión del origen del Mesías (XXII: 41-45)	Origen del Mesías (XII: 35-37)	Origen del Mesías (XX: 41-44)		
Recriminaciones a los escribas y fariseos (XXIII: 13-33)	El óbolo de la viuda (XII: 41-44)	Reprensión a los fariseos (XVI: 14-18) El óbolo de la viuda (XXI: 1-4)		
El juicio divino (XXIII: 34-39)	La magnificencia del templo (XIII: 1-2)	La hermosura del templo (XXI: 5-7)		
Profecía sobre la destrucción del templo (XXIV: 1-3)	La cuestión del fin (XIII: 1-4)	La hermosura del templo (XXI: 5-7)		
Tiempos de angustia (XXIV: 4-8)	Tiempos de angustia (XIII: 5-13)	Tiempos de angustia (XXI: 5-19)		
La persecución contra el Evangelio (XXIV: 9-14)	Las persecuciones contra el Evangelio (XIII: 9-13)	La persecución de los discípulos (XXI: 12-19)	Anuncio de la persecución judía (XVI: 1-4)	
La desolación de Judea (XXIV: 15-20)	Desolación de la Judea (XIII: 14-20)	La ruina de Jerusalén (XXI: 20-24)		
La tribulación suprema (XXIV: 21-28)	La tribulación suprema (XIII: 19-25)	La venida del Hijo del hombre (XXI: 25-26)		
La venida del Hijo del hombre (XXIV: 29-31)	La venida del Hijo del hombre (XIII: 24-27)	La venida del Hijo del hombre (XXI: 25-27)		
La parábola de la higuera (XXIV: 32-35)	Parábola de la higuera (XIII: 28-31)	Señales de la proximidad del reino de Dios (XXI: 28-33)		
Incertidumbre del juicio (XXIV: 36-41)	Incertidumbre del fin (XIII: 22-37)			
Necesidad de velar (XXIV: 42-51)	“Estad alerta, velad, porque no sabéis cuándo será el tiempo.” (XIII: 33)	La vigilancia (XXI: 34-36)		
Parábola de los		Parábola de los		

San Mateo	San Marcos	San Lucas	San Juan	Watanabe
talentos (XXV: 14-30)		talentos (XIX: 12-27)		
Cuarta parte: Pasión y resurrección de Jesucristo (XXVI-XXVIII)	Tercera parte: Pasión y resurrección del Salvador (XIV-XVI)	Quinta parte: Pasión y resurrección del Salvador (XXII-XXIV)	Segunda parte: Pasión y resurrección de Jesucristo (XIII-XX)	
La conspiración de los judíos (XXVI: 1-5)	La conspiración de los judíos (XIV: 1-2)	La conspiración contra Jesús (XXII: 1-6)		
La unción en Betania (XXVI: 6-13)	La unción de Betania (XIV: 3-9)		La unción en Betania (XII: 1-8)	
La traición de Judas (XXVI: 14-16)	La traición de Judas (XIV: 10-11)	La conspiración contra Jesús (XXII: 3-6)	Anuncio de la traición (XIII: 21-30)	Judas (p. 49)
La última cena de Jesús (XXVI: 17-25)	Preparación de la última cena (XIV: 12-21)	La preparación de la última cena (XXII: 7-23)	La última cena (XIII: 18-30)	La última cena (p. 41)
Institución de la Eucaristía (XXVI: 26-29)	Institución de la Eucaristía (XIV: 22-25)	Institución de la Eucaristía (XXII: 14-23)		
Predicción sobre la conducta de los discípulos (XXVI: 30-35)	Tristes predicciones (XIV: 26-31)	La prueba de Pedro y el vaticinio de la negación (XXII: 31-34) La gran prueba que se acerca (XXII: 35-38)		Los discípulos dormidos (p. 45)
La oración de Getsemaní (XXVI: 36-46)	La agonía de Getsemaní (XIV: 31-42)	La oración de Getsemaní (XXII: 39-46)		Oración en Getsemaní (p. 43)
La prisión de Jesús (XXVI: 47-56)	La prisión de Jesús (XIV: 43-52)	La prisión (XXII: 47-53)	Prisión de Jesús (XVIII: 1-12)	
Jesús ante el Sanedrín (XXVI: 57-68)	Jesús ante el Sanedrín (XIV: 53-65)	La negación de Pedro (XXII: 54-65)	Conducción a casa de Anás (XVIII: 12-44) Primera negación de Pedro (XVIII: 15-18) Jesús ante Caifás (XVIII: 19-24)	
La negación de Pedro (XXVI: 69-75)	La negación de Pedro (XIV: 66-72)	La negación de Pedro (XXV: 55-62)	La negación de Pedro (XVIII: 15-25)	Negación de Pedro (p. 47)
Jesús, conducido ante Pilato (XXVII: 1-2)	Jesús ante Pilato (XV: 1-15)	(XXII: 66-71; XXIII: 1)	Jesús ante Pilato (XVIII: 28-38)	Jesús ante Pilato (p. 51)
Fin desastroso de Judas (XXVII: 3-				

San Mateo	San Marcos	San Lucas	San Juan	Watanabe
10)				
Proceso de Jesús ante Pilato (XXVII: 11-26)	Jesús ante Pilato (XV: 2-15)	Acusación ante Pilato (XXIII: 1-25)	Jesús ante Pilato (XVIII: 28-40)	
Jesús, encarnecido por los soldados (XXVII: 27-31)	Después de la flagelación (XV: 15-20)	Jesús encarnecido (XXII: 63-65)	“Tomó entonces Pilato a Jesús y mandó azotarlo. Y los soldados, tejiendo una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza, le vistieron un manto de púrpura y, acercándose a Él, le decían: Salve, rey de los judíos; y le daban de bofetadas.” (XIX: 1-3)	Camino al Gólgota (p. 53)
La crucifixión (XXVII: 32-44)	La crucifixión (XV: 20-36)	La crucifixión (XXIII: 33-46)	Camino del Calvario (XIX: 16-24)	La crucifixión (p. 57)
La muerte de Jesús (XXVII: 45-50)	Muerte de Jesús (XV: 33-41)	(XXIII: 44-49)	“Después de esto, sabiendo Jesús que todo estaba ya consumado, para que se cumpliera la Escritura dijo: Tengo sed. Había allí un botijo lleno de vinagre. Fijaron en un venablo una esponja empapada en vinagre y se la acercaron a la boca. Cuando hubo gustado el vinagre, dijo Jesús: Todo está acabado, e inclinando la cabeza, entregó el espíritu.” (XIX: 28-30)	

<b>San Mateo</b>	<b>San Marcos</b>	<b>San Lucas</b>	<b>San Juan</b>	<b>Watanabe</b>
Sepultura de Jesús (XXVII: 57-61)	La sepultura de Jesús (XV: 42-47)	La sepultura (XXIII: 40-56)	La sepultura (XIX: 38-42)	
La guardia del sepulcro por los judíos (XVII: 62-66)	El sepulcro vacío (XVI: 1-8)	El sepulcro vacío (XXIV: 1-12)	La Magdalena encuentra removida la piedra (XX: 1-2)	
La mañana de Pascua (XXVIII: 1-10)	Aparición a María Magdalena (XVI: 1-11)	El sepulcro vacío (XXIV: 1-11)	Aparición a María Magdalena (XX: 1-20)	
El anuncio a los judíos (XXVIII: 11-15)	Aparición a los discípulos (XVI: 12-13)		Primera aparición a los discípulos (XX: 19-25)	
La aparición del Señor en Galilea (XXVIII: 16-20)	Aparición a los once (XVI: 14-18)	Aparición a los once (XXIV: 36-43)		

